

Ga. 9.537

DISCOURSOS MANAUCOURAL

CURSOS 1892 ~ 93

E. COSTAS

11

Foll 9-11

Seminario Conciliar Central Compostelano.

DISCURSO INAUGURAL

DEL

Curso Académico de 1892 á 1893

POR EL DOCTOR

D. ENRIQUE COSTAS MÁRQUEZ, Pbro.,

Catedrático de Metafísica y Ética.



SANTIAGO:

IMP. Y ENC. DEL SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL

1892

Ca. 9537.

Etiqueta Verde.

ca. 9534

R. 113.620

R/39.074-

Foll 9-11

Seminario Conciliar Central Compostelano.

DISCURSO INAUGURAL
DEL
CURSO ACADÉMICO DE 1892 Á 1893

POR EL DOCTOR

D. ENRIQUE COSTAS MÁRQUEZ, Pbro.,

Catedrático de Metafísica y Ética.



SANTIAGO:
IMP. Y ENC. DEL SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL
1892





Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem.

(GÉNESIS, CAP. II, V. 7).

EXCMO. Y REVMO. SR.^{II}



ONRADO por el muy digno Jefe de este Centro de Enseñanza con el encargo, para mí difícilísimo, superior sin duda á mis escasas fuerzas, de hacer el discurso inaugural del presente curso literario, traté de escoger en las materias, á cuya enseñanza me consagro, un asunto, que, por su trascendental importancia y por su oportunidad en las actuales cir-

cunstancias, pudiera ser ofrecido á la ilustrada consideración de las respetabilísimas personas, que con su presencia suelen contribuir al mayor esplendor de estos actos, y mantener vivo en ellas el interés por oirme.

Varios fueron los temas, que desde luego acudieron á mi entendimiento disputándose la preferencia; y confieso ingénuamente que las vacilaciones y las dudas me molestaron bastante, haciéndome perder no poco tiempo antes de decidirme. Más hubiera querido no tener libertad en este punto: para mi carácter sería más conveniente que el Superior, al imponerme la obligación de hablar, me designase el tema sobre que debía hacerlo.

La Metafísica y la Ética, asignaturas, cuya explicación me está encomendada, ofrecíanme á porfía sus variados y ricos arsenales, convidándome con hermosos, interesantes y trascendentales problemas; y por más que los presentados por la segunda son sin disputa más amenos, y tal vez más propios para ser tratados en discursos de este género, me resolví por fin á aceptar el ofrecimiento de la primera, movido no sólo por la indisputable superioridad de su im-

portancia absoluta, sino por la firme persuasión de que todos los gravísimos errores, que actualmente pululan en el campo de las ciencias morales, sociales y políticas no son más que funestas consecuencias de los fatalmente sembrados en el de la Metafísica, especialmente por la moderna escuela positivista.

Nadie, que de cerca haya observado el objeto, fin y tendencias de esta escuela, dejará de convenir conmigo. Sabido es que el positivismo, esa forma atrevida, en que hoy se presenta el materialismo ateo, aspirando con arrogancia nunca vista al monopolio de la ciencia, la aniquila por completo, reduciéndola al simple conocimiento de los fenómenos sensibles, y removiendo su indispensable base, el conocimiento de las causas, de las sustancias, de las esencias y de los eternos é inmutables principios de la Metafísica, cuyo valor científico niega, calificándola de *quimera*.

Mas no se detiene aquí el positivismo. Después de haber afirmado rotundamente que sólo constituyen el objeto de la ciencia las cosas perceptibles por los sentidos, niega la existencia real del orden suprasensible, sostiene que la

materia es la única realidad existente, á cuya necesaria evolución se deben los fenómenos, que la ciencia observa, trata de explicar la vida, por un simple movimiento de mecánica molecular, y apoyándose en falsas aplicaciones de la Anatomía y de la Fisiología, de la Embriología y de la Biología, de la teoría celular y de las ciencias Zoológicas, tiene la extraña pretensión de formar una *Psicología nueva*, que denomina pomposamente *La Psicología del Porvenir*, enteramente distinta de la antigua, pues, según declara abiertamente, será una *Psicología sin alma*.

Lo que se propone el positivismo con todo el aparato de las ciencias experimentales, con que pretende armarse, es, según escribe un distinguido filósofo de nuestros días (1), “despedir con toda cortesía el alma espiritual de los dominios del hombre, encargando á la ciencia que haga los honores de la casa para que la violencia cometida contra la naturaleza humana aparezca, no como el fin preconcebido de un sistema,

(1) El Sr. Hernández Fajarnés en su obra *La Psicología celular*, impugnación de la titulada *Ensayos de Psicología celular*, de Haeckel.

sino como una exigencia inevitable de la verdad científica.”

Fácil es comprender que la aplicación de estos errores al orden moral tenía que ser desastrosa. ¿Qué es todo el orden moral si no existe más que materia? Sin alma, ¿qué solución habrá de tener el fundamental problema del destino del hombre? ¿qué significan las palabras conciencia, deber, autoridad y ley? El positivismo, después de la negación de la Metafísica, tenía que terminar por la negación de la Moral. Y ved por qué yo, en la imposibilidad de combatirlo en todas sus manifestaciones, sin traspasar los justos límites de un discurso, quisiera acertar la impugnación de su error capital, fundamento de todos sus demás errores, oponiendo á la más atrevida de sus negaciones la demostración de una verdad, que, restableciendo en toda su pureza y hermosura la *Psicología antigua* y haciendo ver su inmensa superioridad sobre la *nueva*, sea firme y segura base de las ciencias morales.

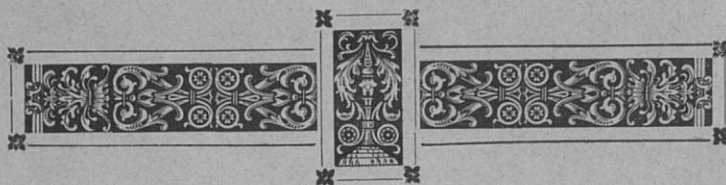
Habreis comprendido, señores, que mi objeto es demostrar la existencia del alma. Pero como muchos positivistas siguen hablando del alma, *sólo por usar el lenguaje que todos hemos*

aprendido, y como dice Haeckel, *por el temor de cortar de un golpe todas las fuentes poéticas del pasado*, dando, empero, á esta palabra un significado muy distinto del que tuvo siempre, haciéndola consistir en las solas fuerzas físico-químicas de la materia y prodigándola á todas y á cada una de las células que componen el organismo, he creído conveniente presentar mi pensamiento concretado en los siguientes términos: EXISTE EN EL HOMBRE UN PRINCIPIO DE VIDA, DISTINTO É INDEPENDIENTE DE LA MATERIA DE SU CUERPO.

Creía conocerme algo, y sin embargo tengo que confesar con franqueza que nunca experimenté tan clara mi pequeñez como en esta ocasión, en que desearía poseer un talento superior ilustrado por vastos conocimientos; no por el vano afán de lucirlos, sino porque comprendo que así lo reclaman imperiosamente la importancia del tema propuesto, la presencia del sabio Prelado, que preside este acto, el ilustrado Claustro de Profesores, que á él asiste, la escogida concurrencia, que me escucha, y el buen nombre, por último, del Seminario, cuya representación indignamente llevo en este momento.

Espero, pues, Excmo. Sr., que me escuchareis con benévola indulgencia. Lo mismo espero de mis dignos compañeros, de las distinguidas comisiones que aquí se hallan representando diversos centros y comunidades, y de las demás personas, que con su atención me honran: y seguramente que no espero en vano, porque es bien sabido que la indulgencia en el auditorio está siempre en razón directa de su ilustración.





I

DE la simple enunciación de la tesis propuesta se desprende, que intento demostrar dos verdades íntimamente enlazadas. *Existe en el hombre un principio de vida distinto de la materia de su cuerpo: primera verdad. Este principio de vida, que informa la materia de nuestro cuerpo, es independiente de la misma: verdad segunda.*

La razón y la experiencia, de acuerdo con la verdadera ciencia, nos harán ver, que la vida no puede ser resultado de las solas fuerzas físico-químicas de la materia. Luego la vida, que en

nosotros se manifiesta, supone un principio distinto de la materia de nuestro cuerpo. Pero el detenido examen de los actos de nuestra vida nos llevará fácilmente al conocimiento de la *simplicidad* de ese principio vital, que llamamos alma. Y como toda materia es necesariamente compuesta y extensa, de la simplicidad de nuestra alma deduciremos de nuevo su distinción de la materia.

Pero no basta demostrar que nuestra alma es simple y distinta, por lo tanto, de la materia. También los brutos tienen un principio de vida, que no es materia. Están también dotados de un alma, que puede llamarse simple. Y sin embargo, entre el alma de los brutos y la nuestra hay una diferencia esencial, hay una distancia inmensa. El alma de los brutos en todas sus operaciones depende del cuerpo, pues no ejerce otros actos que los de los sentidos, que son facultades esencialmente orgánicas: de donde se deduce que en su ser depende también de la materia; que no puede subsistir por sí misma separada del cuerpo. Nuestra alma, por el contrario, en sus operaciones más nobles, en las funciones del entendimiento y de la voluntad, es independiente de la

materia; y como las operaciones están siempre conformes con la naturaleza del ser, la independencia de esas operaciones prueba evidentemente que nuestra alma es en su mismo ser, en su naturaleza, independiente de la materia. Y como la sustancia independiente de la materia en su ser y en sus operaciones se llama *espiritual*, veremos claramente que nuestra alma lo es. Así probada la simplicidad del alma humana, daremos un paso más para probar su *espiritualidad*.

Simplicidad y espiritualidad del alma humana; dos verdades, que demostraremos separadamente, aunque con argumentos análogos, porque esas dos verdades se reducen á una sola: á probar que el alma es un *espíritu*. La sustancia espiritual tiene que ser simple, aunque no toda sustancia simple es espiritual. La espiritualidad del alma supone la simplicidad, como fundamento y base indispensable, pero no debe confundirse con ella, porque son dos propiedades distintas.

La espiritualidad del alma es la verdad fundamental de la única verdadera Psicología; sin ella desaparece esta ciencia, porque carece de

objeto. Por eso esta verdad ha sido en todos tiempos, y es hoy de un modo especial, el blanco de los tiros del materialismo. Parecía por esta razón muy oportuno y conveniente, antes de pasar á la demostración de esa verdad, hacer una breve reseña histórica de los sistemas materialistas, que la niegan. Así conoceríamos mejor los enemigos, con quienes tenemos que luchar, su campo de batalla, sus posiciones, sus preparativos de guerra, sus armas, sus medios de combate, el número y valor de los combatientes.

Pero, ¿á qué molestaros con la historia del materialismo, de todos bien conocida? Nada os diré del antiguo materialismo atomístico profesado por Leucipo, Demócrito y Epicuro. Nada del sensismo de Hobbes, Locke y Condillac, que preparó el materialismo de Holbach, Helvecio y La Mettrie. Ni siquiera mencionaré la Fisiología materialista de Bichat, Cabanis y Broussais. Sus nombres pasaron á la historia con celebridad funesta, y sus groseros errores, mil veces combatidos por ilustres campeones de la verdad filosófica, sepultados permanecerían en el polvo del olvido, si no viniese á renovarlos presentados

en distinta forma y con nuevo aparato científico, la escuela positivista de nuestros días.

Tampoco me detendré analizando el origen de esta moderna escuela, que apareció como una reacción contra el idealismo trascendental de los filósofos alemanes, que en este mismo siglo la precedieron. Ni es necesario notar siquiera que el positivismo sólo se diferencia de los antiguos sistemas materialistas en las mayores pretensiones científicas con que aparece en la escena. Conocidos son los nombres y los escritos de Moleschott, Vogt, Buchner, Comte, Littré, Stuart-Mill, Spencer, Lamarch y Darwin, y sus errores hállanse vigorosamente impugnados en cuantas obras de Filosofía ó de Apologética se publicaron en estos últimos años.

No habré de repetir aquí las brillantes impugnaciones, que de tales errores hicieron varones eminentes. Pero vino en pos de Darwin otro campeón más decidido aún del evolucionismo monístico, quien aceptando como verdades inconcusas las gratuitas hipótesis del naturalista inglés, y aun concediéndoles á veces el valor de hechos experimentales, las presentó bajo una forma nueva, con método más científico, y reforzadas con

los adelantos de las ciencias experimentales, especialmente de la Fisiología y de la Biología, de suerte que aparece como un sistema nuevo y distinto, de grandes pretensiones, el mismo error, que victoriosamente combatido, se batía en retirada, y se avergonzaba ya de presentarse en el campo de la ciencia.

Me refiero al monismo de Haeckel, acerca del cual se expresa así Duilhe de Saint-Projet: "De todos los sistemas inventados para explicar el origen de la vida sin la intervención creadora, el más ruidoso, más completo y más hábilmente elaborado es el del famoso profesor de Jena, Haeckel. No porque haya sido aceptado por los principales jefes del materialismo científico, sino porque la multitud ardiente de sus discípulos, seducidos por la novedad ó por la audacia de sus concepciones, y atraídos por la perspectiva de una reputación fácil y ruidosa, lo defienden y propagan con entusiasmo. Los vulgarizadores en la prensa y por medio de la palabra son numerosos, abiertamente protegidos y con frecuencia populares. En Francia Haeckel no tiene partidarios entre los hombres de ciencia; pero en la turba multa de los sabios á me-

días y de los sectarios es el maestro predilecto. El monismo de Haeckel es un peligro para muchas almas; importa, pues, hacer resaltar su carácter puramente individual, sus lagunas y sus contradicciones“ (1).

Conforme con el sabio Apologista francés en que el monismo de Haeckel es *un peligro para muchas almas*, considero muy conveniente, por no decir necesario, *hacer resaltar* sus profundas *lagunas* y sus innumerables *contradicciones*, pues este error, sobre ser peligroso, hállase por ahora refutado en muy pocas obras, especialmente de las que con facilidad pueden llegar á manos de la juventud estudiosa. Y como para refutarlo, no son necesarios grandes esfuerzos, sino que basta la simple exposición de este sistema para que resalten sus *lagunas* y *contradicciones*, procuraré hacer un resumen breve, pero fiel y exacto de las doctrinas monísticas del profesor de Jena, según se hallan desenvueltas en su famoso libro titulado “Ensayos de Psicología Celular.”

Dos partes comprende este libro. En la pri-

(1) Duilhe de Saint-Projet. Apología Científica de la Fe Cristiana, traducida por Polo y Peyrolón.

mera expone su teoría sobre la "Perigénesis de las plastídulas" y trata de resolver el fundamental problema del origen de la vida, reduciéndola á un simple movimiento de mecánica molecular. En la segunda, que viene á ser una aplicación de la primera, desenvuelve su Psicología celular, explicando las funciones psíquicas del hombre en armonía con sus teorías sobre la vida en general.

Dedica Haeckel todo el primer capítulo de su obra á ponderar la trascendencia de la doctrina de la evolución, que considera como la única verdadera filosofía de la naturaleza, sobre todo por sus dos grandes afirmaciones de la herencia y de la adaptación, que, entendidas por él como reproducción y nutrición respectivamente, constituyen el fundamento de toda su teoría.

Pasa después á exponer su pensamiento de las Perigénesis de las plastídulas, que considera como "una hipótesis provisional," pero abrigando esperanzas de que contiene los gérmenes de una vasta teoría, gracias á la cual se podrá algún día presentar una explicación estrictamente mecánica del conjunto de los fenómenos orgáni-

cos de la evolución, haciendo derivarlos de procesos elementales físico-químicos. Considera las células como "seres vivos independientes," como organismos autónomos, que entran á formar un organismo superior, á la manera que los individuos concurren á la formación del Estado.

La transformación progresiva de los organismos es obra de la evolución, que alcanza así á los inferiores como á los superiores, pues todos se desenvuelven de una sola célula primitiva. Pero ¿cuál es esta fecundísima célula, cuya lenta pero incesante evolución á través de millones y millones de siglos ha dado origen á la organización de los seres, desde el más rudimentario organismo unicelular hasta el organismo policelular más complicado y perfecto? He aquí planteado el problema más trascendental de la Biología. Preguntar por la célula primitiva equivale á preguntar por la primera sustancia viviente y dotada de poder organizador, equivale á preguntar por la realidad, que introdujo la vida en el mundo.

Para dar solución á tan difícil problema estudia Haeckel el *Protoplasma*, en cuyos senos se propone encontrar los elementos necesarios

para afirmar el origen mineral y puramente mecánico de la vida. El Protoplasma es la *sustancia celular*; y la sustancia celular es la célula desprovista de membrana envolvente; una materia semi-fluida y semi-sólida, compuesta, unas veces del todo, y otras sólo en parte, por una sustancia albuminoidea; una combinación azoada de carbono de una composición química muy compleja; ella aparece como el sujeto de los fenómenos vitales, como el factor en acto de la vida celular; desempeña las funciones de la nutrición y de la reproducción, de la sensación y del movimiento; el Protoplasma es con propiedad la sustancia viviente, ó, como Huxley dice, *la base física de la vida*.

En el Protoplasma hay que distinguir el centro celular llamado *núcleo ó cytoblasto*. Se creía que en el organismo más simple, aun en los que constan de una sola célula, se distinguían protoplasma y núcleo; pero Haeckel ha descubierto otros organismos menos complejos, las *Móneras*. Son éstas unos organismos los más simples, que viven en el mar y en agua dulce, y están formadas por una masa homogénea, sin ningún género de estructura ni en su principio,

ni en su crecimiento, ni en su completo desarrollo: son un protoplasma sin núcleo y absolutamente amorfo; un cuerpo protoplasmático, simple grumo mucoso, organismos sin órganos.

“El conocimiento de esta materia homogénea y sin estructura (son palabras textuales de Haecckel) ha proporcionado pues por vez primera la prueba de que existen organismos aún más simples que los organismos unicelulares, seres vivos, cuyo cuerpo no ha adquirido todavía el valor morfológico de una simple célula y que presenta la homogeneidad de un cristal: las Mórneras solas son capaces de hacernos concebir cómo al principio la *naturaleza viviente ha salido de la naturaleza inanimada*; ellas solas pueden resolver el gran problema del origen de la vida. Porque las Mórneras *no han podido nacer en las épocas primitivas de otro modo que por generación espontánea ó autogonía de la materia inorgánica.*”

Vienen á completar esta concepción de la vida y de sus evoluciones las Mórneras de Huxley conocidas con los nombres de *Bathibius*, masa inmensa, que cubre el fondo de algunos mares, sin la menor huella de individualización; cuerpo

protoplasmático, mocó amorfo, cuyas partes aisladas parece que no se dirigen á adquirir ningún grandor determinado y que se multiplican según las circunstancias, esto es, se dividen en algunas partículas de tamaño desigual, cuando el crecimiento ha encontrado un límite en tal ó cual condición de adaptación.

Si en toda célula hay que distinguir la sustancia celular externa y un núcleo celular interno, las Móneras, que no contienen esa distinción, no son propiamente células: su sustancia albuminoidea más que sustancia formada es *materia formadora*; y se debe llamar materia viviente ó plástica, *Pláson*, *Biopláson* ó *Cytodo*: por tal estado pasan aún los organismos superiores en el primer momento de la evolución, pues cytodo es el producto inmediato de la fecundación. La sustancia viviente más antigua, que comenzó por generación espontánea ó autogonía, se llama *Archipláson*.

Las moléculas del pláson se llaman *plastídulas*, y son los últimos principios en que el pláson puede resolverse, partículas indivisibles, esto es, que sólo se descomponen en sus átomos constituyentes, carbono, hidrógeno, ázoe, oxí-

geno y azufre, y es verosímil que son tan diminutas que la más microscópica porción de pláson contiene incalculable número de plastídulas. Además de las propiedades físicas y químicas, comunes á todas las moléculas de la materia, tienen las plastídulas el atributo singularísimo de las propiedades vitales, por las que se distingue lo vivo de lo muerto, lo orgánico de lo inorgánico, si esta distinción existe: porque considerando atentamente estos dos reinos, vemos que la división entre ellos es inmensamente menor de la que se afirma; pues en medio de la diversidad de opiniones que sobre ciertas teorías químicas existe, se conviene en admitir que á cada átomo es inherente una cantidad de fuerza, y en este sentido debemos decir que es *animado*, porque sin la hipótesis de una *alma del átomo* ni los más vulgares fenómenos químicos se explican. Reconoce, además, como atributos comunes á todos los átomos, el placer y el disgusto, el deseo y el aborrecimiento, la atracción y la repulsión, porque los movimientos de los átomos que en toda combinación química se operan, son inexplicables, si no les concedemos *sensibilidad y voluntad*.

Las propiedades que distinguen lo orgánico de lo inorgánico y constituyen la esencia de la vida, son la *reproducción* y la *herencia*. La reproducción, ó *memoria inconsciente*, es necesaria para la explicación de la vida; pues sola es propia de los principios materiales activos por sí mismos, y en consecuencia, sólo las plastídulas gozan del poder reproductor, y su memoria inconsciente determina su movimiento molecular característico; el modo, pues, del crecimiento de los seres, producto de dicha función, distingue lo orgánico de lo inorgánico.

Fiel á su propósito de crear una teoría que se amolde á las exigencias evolucionistas, construye su sistema sobre las hipótesis principales de la concepción darwinista, la *adaptación* y la *selección natural*, á las cuales son debidas las transformaciones progresivas de los organismos y de los seres, realizados en el transcurso de millones de siglos. Es la adaptación *una modificación del movimiento de las plastídulas, mediante la cual adquieren nuevas propiedades*. La selección natural es causa de la *diferenciación progresiva de los organismos, y se manifiesta con la obra de la división*

del trabajo ó polimorfismo de los seres.

El proceso biogénico se realiza mediante un movimiento rítmico, del cual se formará idea exacta representándolo como un movimiento ondulatorio, ó que se propaga por ondulaciones, como se observa en la sucesión de los individuos por generación, en la cual un hombre es seguido de otro hombre, pudiendo representarse esta sucesión por una línea ondulada, en que cada onda representa la vida de cada individuo.

Tales son los principios generales de Biología, que contiene la primera parte de la *Psicología celular* de Ernesto Haeckel.

En la segunda parte de su libro aplica Haeckel sus teorías biológicas á la formación de la ciencia del alma, y afirma que es indispensable emplear en su estudio *el mejor instrumento de investigación, la historia de la evolución.*

Sostiene como uno de los fundamentos de la Psicología llamada *científica*, la dependencia de todas las funciones psíquicas de ciertas partes del cuerpo, de los órganos del alma. Hállanse éstos formados por el *aparato psíquico*, compuesto de los sistemas nervioso y muscular para el hombre y animales superiores, y por ciertos



grupos de células sueltos, todavía no diferenciadas en nervios y músculos, para las especies ínfimas; pero toda manifestación psíquica de todos los seres animados, todo trabajo psíquico, se halla unido con lazo indisoluble á uno de dichos órganos, sin el cual la función no se concibe.

Para formar idea clara de la actividad del aparato psíquico, se le compara con un sistema de telegrafía eléctrica: la importancia de esta comparación es mayor desde que se conocen las células, á las cuales es necesario atribuirles alma. Los organismos más gigantescos formados por millares sinnúmero de células, como los más ínfimos, son en el principio de su existencia una simple y microscópica célula ovular; comienza el desenvolvimiento de esta masa homogénea, amorfa, grumo de protoplasma, que encierra un núcleo más consistente, y bien pronto aparecen diferencias; la división del trabajo de la vida dió principio por las células, y éstas toman formas y propiedades diferentes, distribuyéndose la obra de la vida: las del estómago se encargan de la digestión; las de la sangre del cambio de materiales; las del pulmón de la respiración; las del hígado de la bilis; las muscula-

res del movimiento, y las sensitivas de las diversas sensaciones.

Así las células cutáneas aprenden á conocer las variantes de la presión y de la temperatura, las del oído á distinguir las ondas sonoras, las de la vista las ondas lumínicas, y las células nerviosas desempeñan el papel más trascendental, porque entre ellas se hallan las *células intelectuales del cerebro*, que, como *células del alma*, se elevan por encima de las restantes especies celulares.

Compara la multitud de elementos autónomos del organismo á un Estado. Las células son los ciudadanos, los tejidos las corporaciones del Estado, y los órganos las diferentes oficinas ó centros administrativos: y sobre todos estos poderes se halla el poder ó gobierno central constituido por el centro nervioso más importante, el cerebro. Las más importantes funciones de la vida psíquica son realizadas por las células cerebrales, por estas *células del alma*, que forman el *gobierno central*, pues estas *maravillosas células psíquicas del cerebro desempeñan también ese trabajo peregrino, que se llama una idea*.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
BIBLIOTECA
SANTIAGO

Confirma sus conclusiones con algunos ejemplos y datos acerca del admirable instinto de los animales, instinto que los antiguos creían invariable y fijo en cada especie; pero esta opinión es hoy insostenible desde que Darwin nos ha enseñado que las especies de animales descienden todas de un tronco común; y que sus instintos, como todas las demás propiedades, se hallan sujetos á las variantes y transformaciones de la omnipotente influencia de la selección natural.

Termina Haeckel sus "Ensayos de Psicología celular" diciendo que no hay acusación más injusta que la que se hace á las ciencias naturales, y singularmente á la doctrina de la evolución, de reducir la naturaleza viviente á un mecanismo sin alma; porque según el concepto monista, toda materia viviente tiene un alma; y si ha existido jamás una idea poética en su máxima expresión, y al mismo tiempo verdadera, lo es, sin duda, la que enseña que en el más débil insecto, como en la más microscópica planta *viven millones de almas independientes*; que existe un alma, activa, individual, lo mismo en el infusorio unicelular más diminuto que en *las células de la sangre y en las del cerebro, las*

cuales se elevan á la más alta de todas las funciones psíquicas, la posesión de una conciencia clara.

II

Al empezar el resumen de los errores de Haeckel, anuncié dos propósitos: ser breve en la exposición, y al mismo tiempo fiel y exacto. Por cumplir el segundo, he faltado sin duda al primero. Perdonad la molestia y hastío, que seguramente os habrá causado mi falta de habilidad para conciliar los dos.

Creo, sin embargo, que no hemos perdido el tiempo. Cuando el enemigo se presenta á nuestra vista descubierto y de cuerpo entero, no ofrece tanto peligro el combate; y á veces basta esta sola presentación para asegurar la victoria; porque conocido el punto débil, por donde debe atacársele, fácilmente se le da certero golpe. Así sucede con el sistema de Haeckel, que podría aparecer como gigante formidable para los

que le conociesen tan sólo por sus arrogantes amenazas, ó por los aplausos de sus admiradores, y no obstante, después de bien conocido, puede ser impugnado con esperanza segura de favorable éxito por cualquiera de los alumnos de Metafísica.

Tan convencido estoy de ello, que mi primer pensamiento había sido el de no pararme á refutarlo. Al lado de esos repugnantes y groseros errores quería yo poner las hermosas verdades de la Filosofía espiritualista, para que con ellos contrastaran por sí mismas: al lado de la *Psicología nueva* la *Psicología antigua*, para que todos pudiesen ver fácilmente la inmensa superioridad de ésta sobre aquélla: al lado de la que llaman *Psicología del porvenir* la llamada *Psicología del pasado*, para que cualquiera por el examen comparativo de ambas pudiese conocer, que sola la última seguirá siendo la única Psicología de todos los tiempos, porque es la única que en su verdad encierra condiciones de vida, mientras que la primera no podrá tener existencia más duradera que la de los fuegos fátuos, pues aunque ostenta apariencias de vida, está realmente muerta, como que es una *Psicología*

sin alma. Pensaba yo, por toda contestación á las gratuitas afirmaciones de Haeckel, presentar razonadas las fundamentales afirmaciones de la Psicología escolástica; y sin duda que esto hubiera sido suficiente, porque, siendo éstas manifiesta contradicción de aquéllas, las ilustradas personas, á quienes tengo el honor de dirigirme, sabrían juzgar con acierto entre unas y otras, y sin la menor vacilación decidir de parte de cuáles está la verdad. Por eso intentaba yo, á continuación del sistema monista, que en resumen queda expuesto, empezar demostrando la verdad de mi tesis, y refutar así de un modo indirecto esa teoría tan célebre como destituida de fundamento y de razón.

Pero no quiero que se ofendan, juzgándose desairados, los que se tienen por los únicos representantes de la verdadera Ciencia; y menos aún que crean que por miedo tratamos de evitar la lucha. Por otra parte nuestros enemigos aborrecen la Metafísica, rechazan todo lo suprasensible, y si los llamamos á combate en el campo puramente filosófico, nos volverán la espalda con desdén, diciendo enfáticamente: Ese no es el honroso campo de la Ciencia, único en que nos-

otros nos batimos. La Ciencia está hoy reducida al examen de los hechos; su único método es la experiencia externa.

¿Apelais al tribunal de los hechos? Pues al tribunal de los hechos ireis: y veremos si vuestras afirmaciones están conformes con ellos. Veremos si os es favorable su sentencia. Veremos si vuestra teoría está fundada en la experiencia, que llamais *científica*. Sereis juzgados por vuestra misma boca, conforme á vuestro método. Con lo que vosotros llamais Ciencia juzgaremos de vuestra Ciencia.

No se crea, sin embargo, que vamos á refutar detalladamente y una por una todas las erróneas afirmaciones del libro de Haeckel, que examinamos: esto equivaldría á refutar casi todas sus palabras; lo cual ni es posible, en un discurso, ni necesario. Basta hacer notar la falta de fundamento de sus hipótesis, y destruir aquellos errores capitales, que sirven de base á los demás. De este modo todo el sistema caerá por tierra, como se desploma un edificio, cuando se remueven sus cimientos.

Todo el sistema de Haeckel se reduce á dos grandes errores, antiguos en el fondo, y sólo

nuevos en la forma. Primero: la vida apareció en la tierra por generación espontánea. Segundo: por la evolución y progresivo desarrollo de las células se perfeccionan los organismos y los seres, hasta llegar á las manifestaciones de la vida psíquica en el hombre, en el cual no hay más que materia, desarrollada por las leyes del evolucionismo. En estos dos principios está compendiada toda la teoría monista, y éstos serán los que principalmente trataremos de combatir con la brevedad posible. Y nótese que, al hacerlo, indirectamente iremos probando nuestra tesis, porque aparecerá con toda evidencia demostrado, que la vida en general y especialmente la racional en el hombre, no puede ser resultado de las solas fuerzas de la materia. Es decir, que de las ruinas del materialismo positivista haeckeliano esperamos, que habrá de surgir radiante y hermosa esta verdad: *existe el alma humana distinta de la materia.*

Ante todo, y como de paso nada más, quisiéramos advertir, que los positivistas están muy lejos de ser, como presumen, los únicos representantes de la Ciencia. Antes por el contrario, la Ciencia en sus manos perezce, como atacada

de mortal anemia, porque la privan de los necesarios é inmutables principios ontológicos, que le dan vida y constituyen su esencia. Si la Ciencia no es otra cosa más que el conocimiento cierto y evidente de las cosas por sus causas, *cognitio certa et evidens rerum per causas*, es indudable que no merece tal nombre el simple conocimiento experimental de los fenómenos sensibles, aislados de las causas, que los producen. “Una ciencia, dice Rosmini, que no salga del conocimiento de los hechos experimentales, continuamente mudables, desfallece, muere y se anula, porque no puede contener más que hechos, los cuales, privados de principios, carecen de todo valor.” “La ciencia puramente experimental, dice el ilustre físico Zanón, no constituye verdadera ciencia de por sí, puesto que es mera investigación y percepción de fenómenos singulares; mientras que ciencia quiere decir conocimiento cierto y evidente de las cosas deducido de sus causas.” Por eso dijo Humboldt, “que la ciencia no empieza para el hombre hasta el momento, en que el espíritu se apodera de la materia, tratando de someter el conjunto de las *experiencias* á combinaciones *racionales*.”

“No hay ciencia alguna, diremos, por último, con un químico eminente, que no tenga su filosofía.” Luego, el positivismo, que rechaza como ilusorio y quimérico el conocimiento del orden metafísico, y reduce la esfera del saber humano á la mera observación externa de los hechos, aniquila por completo la verdadera Ciencia.

Pero no habremos de regatear á nuestros adversarios el honroso nombre de sabios, de que tanto se envanecen. Sean ellos, enhorabuena, los representantes de la Ciencia, y sea la Ciencia lo que ellos quieren que sea, simple conocimiento de los hechos. Nos felicitamos de que así piensen los que por nosotros van á ser impugnados. Ese modo de pensar nos sirve de garantía y nos da derecho á exigirles, que todas sus afirmaciones estén cimentadas en la rigurosa observación sensible; que todas sus conclusiones científicas hayan sido contrastadas con los hechos.

¿Y cuáles son las pruebas experimentales del principio fundamental de la teoría monista? ¿Con qué hechos demuestran Haeckel y los demás positivistas, que la vida apareció en el mundo en un período dado por generación espontánea, como natural resultado de las fuerzas de la ma-

teria? Aquí, señores, sufrimos el mayor de los desengaños. Estamos cansados de oír al positivismo declamar contra las hipótesis, de las que con lástima considera víctimas á todos los que no militan en su campo materialista, y cuando vamos á examinar ese sistema, lo encontramos construído sobre la movable arena de las hipótesis, pero de las hipótesis más absurdas, que, presentadas sin la menor prueba, son elevadas después á la categoría de principios, con pretensiones de que sean sin examen aceptadas por los que aspiren á la conquista de la Ciencia.

Todo el sistema monista de Haeckel es un conjunto de hipótesis absurdas y gratuitas, apoyadas sobre la no menos absurda y gratuita de la producción de la vida por generación espontánea. Para explicar el origen de la vida recurre Haeckel á la teoría celular, desfigurándola á su manera, para hacerla servir á la formación de su sistema preconcebido. Los organismos nacen de las células, las células de una célula primera, común á todos los seres vivientes, ó por lo menos á los de un mismo tronco orgánico. Pero antes que la célula es la materia, de la cual ésta se deriva, el protoplasma, combinación

azoadada de carbono de una composición química muy compleja: antes que el protoplasma son las Móreras, organismos aún más simples que los unicelulares, sin ninguna diferenciación, homogéneos como un cristal, sin estructura, sin núcleo, amorfos, simple grumo mucoso viviente. Y con esta sola explicación de la naturaleza de las Móreras se cree ya autorizado Haeckel, para afirmar, que á ellas se debe el origen de la vida, que ellas son el misterioso lazo, que une el reino inorgánico con el orgánico, sin aducir más prueba que la soberana autoridad de su palabra. *“Las Móreras solas, nos dice en tono magistral, son capaces de hacernos concebir cómo al principio la naturaleza viviente ha salido de la naturaleza inanimada; ellas solas pueden resolver el gran problema del origen de la vida. Porque las Móreras no han podido nacer en las épocas primitivas de otro modo que por generación espontánea ó autogonía de la materia inorgánica.*

Indignación causa leer estas palabras. La razón se subleva y no puede permitir que en nombre de la ciencia se le pretendan hacer tan humillantes imposiciones. No es posible sufrir

con ánimo sereno que los positivistas, los adoradores del hecho experimental, los que no admiten como ciencia más que lo que ha pasado por el tamiz de la observación, nieguen la creación, como hipotética y absurda y para sustituirla en la explicación del origen de la vida, nos presenten como gran invento las Móneras, afirmando que *ellas solas son capaces de hacernos concebir, cómo al principio la naturaleza viviente ha salido de la naturaleza inanimada*, y probando afirmación tan grave, que constituye la base de todo su sistema, con argumentos tan sólidos y convincentes como éste: *porque las Móneras no han podido nacer en las épocas primitivas de otro modo que por generación espontánea, ó autogonía de la materia inorgánica.*

Pero ¿hay en la naturaleza de las Móneras algo, que siquiera en apariencia pueda presentarlas como vivientes sin padres? Entre sus propiedades ¿conocemos alguna, por la cual, al menos conjetural é hipotéticamente, pueda atribuírseles su procedencia de la materia inorgánica por generación espontánea? En vano se busca la verdadera naturaleza de las Móneras; inútil-

mente se trata de conocer sus propiedades, porque es *hipotético* cuanto acerca de ellas nos dijo Haeckel, como *hipotética*, y más aún que *hipotética*, *supuesta* es también la misma realidad de su existencia. En prueba de ello, hé aquí cómo hablando de las Móneras, se expresa Chauffard: “Estos protoplasmas sin núcleo, *supuesto* origen de los seres, han recibido de la ciencia moderna, que *los ha inventado*, el nombre de Móneras. Cuando se da un nombre especial á un *hecho imaginario*, el hecho adquiere una *aparente realidad*, y los espíritus hábiles ó bien dispuestos lo imponen ó lo reciben..... Los protoplasmas originales tan cómodamente admitidos, como punto de partida del mundo orgánico, continúan siendo, pues, una *visión anticientífica*; y por lo tanto, todo lo que se ha deducido inmediatamente es menos serio todavía y me parece como una larga serie de frivolidades, porque no son más que hipótesis para las cuales busco en vano algún fundamento experimental ó teórico“ (1).

Ved lo que son las Móneras, según el graví-

(1) Chauffard. Citado por Fajarnés.

simo juicio del médico Chauffard: *supuesto origen* de los seres, *hecho imaginario, realidad aparente y visión anticientífica*. Pero, aun concediendo la existencia real de las Móneras, tales como Haeckel las supone, sería imposible conocer las propiedades, que él mismo les atribuye, y que constituyen la base de su teoría sobre el origen mineral de la vida. El ilustre físico Tindall, poco sospechoso á los materialistas, ha demostrado la impotencia del microscopio, como medio para averiguar la naturaleza de las Móneras, y refutó por concluyente manera todas las afirmaciones de Haeckel sobre ellas, terminando con estas palabras: "Algunos se forman una idea imperfecta de la distancia, que separa el límite microscópico del límite molecular, y por una consecuencia necesaria emplean algunas veces una fisiología, que pudiera *creerse calculada con el propósito de engañar*, cuando, por ejemplo, describen (como Haeckel) el contenido de una celdilla como perfectamente homogénea y absolutamente sin estructura, puesto que el microscopio no puede descubrir en la misma estructura alguna. Entonces, así yo creo, el microscopio empieza á desempeñar un papel

maléfico.... Jamás se tendrá bastante presente en la memoria, que entre el límite microscópico y el verdadero límite molecular hay lugar para permutaciones y combinaciones infinitas“ (1).

“Según estas enseñanzas, escribe el Sr. Hernández Fajarnés, las materias protoplasmáticas son inaccesibles al microscopio, por lo que á su organización y estructura se refiere, y en consecuencia, cuanto respecto de la morfología de las mismas escribe Haeckel, carece de toda base experimental positiva“ (2).

Pero el mismo Haeckel confiesa la ignorancia casi invencible, en que nos hallamos, acerca de la naturaleza del pláson, y por consiguiente, de las Móneras, que según él, deben llamarse Pláson ó Biopláson. He aquí sus palabras: “Desgraciadamente, cuanto se sabe de la naturaleza química del pláson, está en raíz inversa de su extraordinaria importancia. No porque hayan faltado numerosas y señaladas tentativas para descubrir la constitución química de las múlti-

(1) Tindall. Conferencia, sobre el papel científico de la imaginación, dada en Liverpool ante la Asociación británica para el fomento de las ciencias, presidida por Huxley: Texto de Moigno: versión española de “Los esplendores de la fe.”

(2) Hernández Fajarnés.—Obra citada.

ples modificaciones del pláson, del protoplasma y del núcleo, sino porque las dificultades, que se oponen á esta indagación, son poco comunes y en parte insuperables.“

Ya lo vemos por confesión del mismo Haec-
kel; la naturaleza química del pláson nos es
desconocida, á pesar de las numerosas y seña-
ladas tentativas llevadas á cabo para descubrir-
la; y las dificultades que á su indagación se opo-
nen, son en parte *insuperables*. Y ahora séanos
permitido preguntar á los *respetables repre-*
sentantes de la Ciencia en nombre de la Cien-
cia misma, ¿es *científico* atribuir el origen de la
vida á una realidad *supuesta y aparente*, á un
hecho imaginario, á una *visión anticientífica*?
Y aunque realmente existan ó hayan existido
las Móneras, siéndonos desconocida su natura-
leza y constitución química, como su mismo in-
ventor confiesa, ¿está conforme con el método
de observación el afirmar que ellas solas pueden
resolver el gran problema del origen de la vida:
que solas ellas son capaces de hacernos concebir
cómo la naturaleza viviente ha salido de la na-
turaleza inanimada, sin más prueba de tan so-
lemne afirmación que ésta: porque las Móneras

no han podido nacer en las épocas primitivas de otro modo que por generación espontánea ó autogonía de la materia inorgánica? ¿Es esa vuestra Ciencia, esa Ciencia *libre* de la esclavitud de las hipótesis y fundada en la realidad de los hechos? ¿En dónde están los hechos, que abonan vuestra afirmación, del origen de la vida por generación espontánea de las Móneras?

Creo que ningún positivista tendrá valor para contestar, presentando un sólo hecho en favor de la generación espontánea; porque el que presentaban hace algunos años con gran satisfacción y algazara, entre aclamaciones y aplausos, como triunfo completo contra la verdad católica y filosófica de la creación, y prueba definitiva del tránsito realizado de la materia mineral á la vida, ya nadie se atreve á citarlo hoy. Hasta yo mismo por lástima no pensaba mencionarlo. Me compadezco de ellos y no quisiera avergonzarlos tanto. Pero es necesario que ese hecho se cite, ya que ellos lo citaron primero; y si ahora constituye el baldón del materialismo positivista, no tenemos nosotros la culpa.

Ya se comprende, que me refiero al descu-

brimiento del famoso *Bathybius*, que, después de haber causado tanto ruido en el mundo científico, quedó reducido al más vergonzoso silencio y condenado á perpetuo mutismo. Lo inventó Huxley, quien le dió el nombre que lleva, que significa *habitante en las profundidades*, y lo dedicó á su amigo Haeckel, el cual, según la intencionada frase de un sabio apologista contemporáneo, *tenía de él mucha necesidad* (1).

Es el *Bathybius*, según sus defensores, una masa inmensa fangosa, limo del fondo de los mares, sin individualización, amorfa, inorgánica, privada de toda estructura, mineral informe,

(1) Duilhé de Saint-Projet. Obra citada. He aquí cómo refiere el nacimiento y la muerte del *Bathybius*. "En 1868 el profesor Huxley habló por primera vez de una especie de mucus amorfo, sacado de las profundidades del mar, cieno viscoso, gelatinoso, que podía ser producción espontánea de protoplasma, el elemento primordial y universal, de los organismos vivientes; lo bautizó poniéndole el nombre misterioso de *Bathybius* y se lo dedicó á su amigo Haeckel, que tenía de él mucha necesidad.

Once años después, en 1879, este mismo profesor Huxley asistía al Congreso de la Asociación británica, celebrado en Sheffield. El presidente M. Allmann, en su discurso de apertura, tuvo la desdichada idea de recordar el descubrimiento del *Bathybius*. Huxley pidió la palabra. Los párrafos, que siguen, llenos de gracia y de ingenio, darán á conocer, mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, la historia y los destinos de la "más notable de las móneras."

"Pido permiso para decir algunas palabras sobre un asunto, que me concierne.... Nuestro presidente ha hecho alusión á una cierta.... cosa —no sé en verdad si debo llamarla de ese

entre terroso y calcáreo, análogo al blanco de huevo, compuesto albuminoideo, en una palabra, del cual por evolución química espontánea se ha formado la rica variedad de todos los organismos en las edades primitivas durante millones de millones de años. Esta importante Mónica venía á salvar á Haeckel y á toda su escuela monista de un gran compromiso, apareciendo como el primer paso dado por la materia hacia la vida. Así es que, sin poder disimular su satisfacción, cantaron por todas partes su triunfo. Por eso fué más amargo su desengaño, cuando el mismo Huxley se vió obligado á con-

modo (risas)— que ha nombrado delante de vosotros Bathybius, indicando, lo que es perfectamente exacto, que yo era quien le había dado á conocer: la verdad es que yo fui el que lo bautizó (nuevas risas), y en cierto sentido yo soy su amigo más antiguo (grandes risas). Algún tiempo después de haber sido lanzado al mundo este interesante Bathybius, gran número de personas admirables tomaron esta pequeña cosa por la mano y la convirtieron en un gran negocio (nuevas risas). Las cosas siguieron su marcha, y yo pensaba que mi joven amigo Bathybius me iba á dar alguna honra (risas): pero tengo el sentimiento de decir que no ha cumplido nada de lo que prometía en su infancia (grandes risas): desde luego, como ha dicho ya el Sr. Presidente, no se encontraba nunca donde más falta hacía su presencia, lo que estaba muy mal hecho (risas), y además, cuando se le encontraba, se oían contar de él toda clase de historias. En verdad, lamento verme obligado á confesarlo, pero algunas personas mal humoradas se han atrevido á sostener que no es otra cosa más que un precipitado gelatinoso de sulfato de cal, que arrastró en su caída materia orgánica.... (risas).“

fesar que había sido víctima de una triste decepción, y que el Bathybius no era más que *un precipitado gelatinoso de sulfato de cal, que arrastró en su caída materia orgánica.*

M. Milne-Edwards resume en las siguientes palabras el resultado de las investigaciones llevadas á cabo á bordo del *Trabajador*, en el cual se habían propuesto no descuidar nada hasta encontrar y estudiar el Bathybius: “A menudo, dice, entre el cieno hemos descubierto esta sustancia enigmática; la hemos sometido al examen del microscopio, hemos creído reconocer, que no merecía el honor que le habían hecho, y las elocuentes páginas que le han dedicado. El Bathybius no es más que un agregado de mucosidades, que las esponjas y algunos zoófitos dejan escapar cuando los aparatos de pesca magullan sus tegidos. El Bathybius, que ha ocupado demasiado el mundo científico, debe descender de su pedestal y volver á la nada.”

Puede estar tranquilo M. Milne-Edwards. El Bathybius *descendió del pedestal*, que se le había erigido, y *volvió á la nada*, de donde nunca debieron sacarle sus desgraciados inventores, porque nada es: y con su caída y aniqui-

lación completa se llevó también para siempre la esperanza de encontrar jamás un hecho, que confirme la teoría de la generación espontánea, dejando á sus partidarios en la más desconsoladora desesperación, como se nota en las siguientes palabras de Virchow, maestro de Haeckel y materialista como él: "No se conoce un *solo hecho positivo*, que establezca que una masa inorgánica, aun de la sociedad Carbono y Compañía, se haya transformado jamás en masa orgánica. Y por lo tanto, si yo no quiero creer que hay un creador especial, tengo que recurrir á la generación espontánea; la cosa es evidente, *tertium non datur*. Cuando digo, —yo no admito la creación, y quiero una explicación del origen de la vida,— emito una primera tesis; pero hay que llegar de buena ó mala voluntad á la segunda, *ergo*, admito lo generación espontánea. Pero no tenemos *ninguna prueba, nadie ha visto una producción espontánea de materia orgánica: no son los teólogos, son los sabios los que lo niegan*..... Es preciso optar entre la generación espontánea y la creación: hablando francamente, nosotros los sabios (materialistas) tenemos una pequeña preferencia por la gene-

ración espontánea. ¡Ah! si una demostración cualquiera se presentase..... Pero pienso que nos sobra tiempo, para esperarla.....; con el Bathybius ha desaparecido una vez más la esperanza de una demostración“ (1).

No puedo menos de declarar que la lectura de estas palabras dejó en mi alma profunda pena. En ellas se vé al hombre, á quien tal vez á pesar suyo se escapan magníficas confesiones en favor de la verdad, y que sin embargo hace desesperados esfuerzos por no reconocerla, sólo por ser verdad de fe; no advirtiéndole, que en este punto, como en otros muchos, es imposible negar la fe, sin negar también la Ciencia. Confiesa francamente, que no hay ningún *hecho positivo*, *ninguna prueba* en favor de la generación espontánea, y á renglón seguido declara que tiene una pequeña preferencia por ella, manifestando vivos deseos de que alguna demostración venga algún día á confirmarla. Y eso que, como él mismo dice, *ya no son hoy los Teólogos, sino los sabios* los que niegan que la generación es-

(1) Revue scientifique, 8 de Diciembre de 1877.—Citado por Duilhé de Saint-Projet.

pontánea tenga á su favor un solo hecho positivo.

No, ya no son hoy los Teólogos, sino los sabios, los que en nombre de la Ciencia se oponen á la generación espontánea; porque no fué un Teólogo, sino un sabio y un sabio tan distinguido y poco sospechoso como el eminente físico Tindall, quien dijo las siguientes palabras: “El hombre verdaderamente científico, en respuesta á vuestra pregunta, contestará francamente, que no puede aducir prueba alguna satisfactoria sobre el desenvolvimiento de la vida, sin una vida anterior demostrada.”

No fué un Teólogo, sino un sabio, y un sabio como M. Pasteur, representación excelsa de los experimentadores más ilustres, quien dió á la generación espontánea el último golpe de muerte, confirmado por el voto unánime de la Academia de Ciencias de París. Contra la defensa, que de la generación espontánea hicieron Pouchet, Joly y Musset, se alzó la poderosa inteligencia de Pasteur: el cual habiendo realizado sus experimentos positivos y negativos (1) en presencia

(1) Si vertemos en un frasco de vidrio un líquido á propósito para la nutrición de seres vivientes, pero que no contenga ninguno, y lo dejamos al contacto del aire, mirándolo des-

de Flourens, Dumas, Bronguiard, Milne-Edwards y Balart, comisionados por la citada Academia para inspeccionar sus trabajos, dejó probada, siguiendo el plan adoptado por dicha comisión, toda la falsedad de las generaciones espontáneas; y la Academia, con pleno conocimiento de causa, pronunció este veredicto: "Los hechos observados por M. Pasteur y combatidos por M. M. Pouchet, Joly y Musset son de la

pués de algunos días con el auxilio del microscopio, lo veremos lleno de vegetales y animales pequeñísimos. Según M. Pouchet y otros heterogenistas, estos seres vivos proceden por generación espontánea de la sustancia nutritiva, que el líquido contiene: según M. Pasteur, deben su origen á los gérmenes existentes en la atmósfera, puestos en contacto con el líquido y desarrollados tan pronto como encontraron en el seno de éstas condiciones favorables para su vida.

M. Pasteur probó su aserto por medio de una serie de ingeniosísimas experiencias. Hizo ver que purificado previamente el líquido de todo germen de vida, y puesto en contacto con aire, que tampoco los contuviere, podía ser conservado indefinidamente, sin que en él apareciese viviente alguno: que bastaba poner este mismo líquido purificado en comunicación con el polvo atmosférico, para que fuese al poco tiempo poblado de organismos vivos.

Para impedir que llegasen al interior del frasco los gérmenes, que contiene el polvo atmosférico, hacía M. Pasteur entrar el aire por un tubo que contenía algodón en rama; quedaban los gérmenes presos en éste, y no podían pasar al vaso: ó bien se valía de un tubo de vidrio muy delgado y largo, con muchas sinuosidades, de manera que no pudiese penetrar el aire en el interior del frasco, sino después de largos rodeos; los gérmenes, retenidos por su propio peso, se depositaban en las paredes del tubo, sin poder llegar hasta el líquido.—
V. Eleizalde.

más completa exactitud.“ “Nada más sencillo, al parecer, escribe el abate Moigno, que el experimento de Pasteur, y sin embargo nada más concluyente en su simplicidad: es bajo todos conceptos un experimento decisivo, *experimentum crucis*. Al sancionarlo con su autoridad la Academia ha zanjado de raíz la cuestión de las generaciones espontáneas.“

El sabio auditorio de las veladas científicas, que á la sazón se celebraban en la Sorbona, contempló admirado los frascos, que contenían el producto de la experimentación más delicada, ingeniosa y constante; escuchó con el alma en los oídos los procedimientos empleados, y sintió toda la fuerza de estas palabras tan sencillas como elocuentes, pronunciadas por Pasteur con la emoción que causa á un alma grande el triunfo de la verdad combatida: “Y yo también he tomado mi gota de agua en la inmensidad de la creación, enteramente llena de rocío fecundo, es decir, para hablar el lenguaje de la ciencia, enteramente llena de alimentos apropiados para la nutrición de los elementos microscópicos, y espero y observo. Yo le pido, que se digne por medio de algunas transformaciones sucesivas ex-



plicarme el universo. Mas ella es muda. Ella es muda desde los muchos años que los experimentos principiaron. ¿Por qué? Porque yo he alejado y estoy alejando todavía en este momento aquello que no es dado hacer al poder del hombre: he alejado de ella la vida, puesto que la vida es el germen, y el germen es la vida.

Nunca, jamás la generación espontánea se repondrá del golpe mortal, que este experimento le ha inferido..... No pasaré más adelante: siento que mi causa está ganada. No, señores, no: no hay una sola circunstancia hoy conocida, en que se hayan visto venir seres al mundo sin progenitores. Aquellos que tal afirmaron, fueron el juguete de ilusiones ó de causas, que no supieron descubrir, ó que no quisieron evitar.“

Y luego en una sesión académica daba el mismo Pasteur testimonio de su bien justificada convicción científica, cuando oyendo decir á Poggiale, que no existía opinión alguna sobre la generación espontánea, replicaba con severidad mal comprimida: “Pues bien, yo tengo una, y no de sentimiento, sino de razón: porque he adquirido el derecho de tenerla por veinte años de trabajos asiduos, y razonable fuera para to-

da inteligencia imparcial el participar de ella. Mi opinión, mejor dicho, mi convicción es que, en el estado actual de la ciencia, la generación espontánea es una *quimera*. Imposible os fuera desmentir mis palabras, puesto que mis experimentos están todos en pie, y todos ellos prueban que la generación espontánea es una quimera.“

“Solo quien juzga con tan severa lógica, diremos con el Sr. Hernández Fajarnés, tiene derecho para proponer sus conclusiones en nombre de la Ciencia: solo quien observa con tanto escrúpulo y constancia puede hablar en nombre de la experimentación biológica.“

Hemos oído la voz de la Ciencia, que condena á la generación espontánea, como una quimera. No necesitamos más. Hemos conseguido lo que nos proponíamos.

Ahora, si alguno nos preguntase la razón de esa esterilidad de la materia, para producir la vida: si alguien quisiese saber la causa, por la que hasta ahora no se ha dado un sólo hecho de generación espontánea, le contestaríamos diciendo, que lo imposible jamás se verá realizado, nunca lo hallaremos traducido en hechos. Por eso en vano esperan con ansia algunos ma-

terialistas encontrar un caso de generación espontánea, porque la generación espontánea es imposible. Y con razones claras y sencillas, puestas al alcance de todos, pero incontestables, le haríamos ver esa imposibilidad, esa impotencia de la materia para darse á sí misma organización y vida.

Nadie dejaría de comprender, que, si la materia inorgánica carece de vida, así como no puede darla á otro ser distinto de ella, tampoco puede dársela á sí misma, por la sencilla razón de que nadie da lo que no tiene.

Y comprendido esto, poco trabajo nos costaría hacer comprender también á cualquiera, que, para que la materia por sí misma, por sus solas fuerzas, llegase á la vida, sería necesario que la vida misma le fuese esencial, es decir, que llevase en su esencia las fuerzas ó energías vitales; pues, de no ser así, es evidente, que la materia, para vivir, necesitaría recibir la vida de un principio extraño á la misma, ya que en sí no la llevaba. Y como ninguna cosa existe, ni siquiera se concibe, sin su esencia, resultaría que, si la materia llevase en su esencia la vida, ó las fuerzas vitales, toda materia sería vivien-

te. Así el que no quisiese afirmar el absurdo de que toda materia vive, tendría que admitir, en la que vive de hecho, un principio vital distinto de la misma.

Yo desenvolvería este argumento, hasta que nadie dejase de ver claramente la fuerza de su verdad incontestable. Y si no agradase á los positivistas por su sabor metafísico, para ellos emplearía otros, de los que son de su gusto. Acudiría de nuevo al testimonio de los hechos, y con ellos demostraría evidentemente la intrínseca incapacidad de la materia para vivir por sí misma. Los hechos nos denunciarían en los seres inorgánicos propiedades esencialmente distintas de las que por el mismo detenido examen de los hechos observamos en los seres vivientes; y como las propiedades esencialmente distintas suponen distinta esencia, habría que admitir, que es distinta la esencia de la materia inorgánica y la de la materia viva. Y siendo inmutables las esencias de las cosas, tendríamos que llegar á esta final consecuencia: que es imposible de todo punto el tránsito de una á otra, que repugna intrínsecamente, que la materia esencialmente inorgánica se mude para hacerse viva.

Pero tal vez antes de pronunciar esta última palabra se levantarían indignados los positivistas, para interrumpirme diciendo: *Eso ya es Metafísica*. Y yo les contestaría con lástima: es verdad, perdonad mi imprudencia: ya no me acordaba de que vosotros no entendeis, ó no quereis entender, mejor dicho, la Metafísica. Pero no os apureis, que no continúo. Pongo término á esta cuestión de la generación espontánea con las mismas palabras de M. Pasteur, antes citadas: “No pasaré más adelante: siento que mi causa está ganada.... La generación espontánea es una quimera.” Ved ahí la sentencia del tribunal de los hechos, á que vosotros apelásteis. ¿Qué necesidad tenemos de que os condene la Metafísica?

Nos hemos detenido más de lo que pensábamos en la refutación del error capital de la teoría biológica de Haeckel, base y fundamento de todo un sistema de Psicología celular. En cambio nuestro trabajo de impugnación está concluído y supérfluo sería continuarlo. Nos proponíamos hacer resaltar las *lagunas y contradicciones* de la doctrina monista. Pero hemos visto, que la primera laguna de ese sistema es inmensa

y jamás podrá vadearla la materia bruta, atravesando por sí misma desde el estéril campo, en que se encuentra, hasta el hermoso y ameno litoral, en donde se manifiesta la vida. Hemos notado también con tanta claridad la primera contradicción, en que incurre Haeckel, que no pudimos disimular cierta justa indignación, al ver el descaro increíble, con que asienta todo su nuevo sistema sobre la hipótesis absurda de la generación espontánea, enteramente contraria al testimonio de los hechos, el que, á fuer de positivista, aborrece la hipótesis y no admite más Ciencia, que la experimental de los hechos.

¿Qué será, pues, ahora todo ese sistema, construído sobre tan extensa y profunda laguna y apoyado en contradicción tan manifiesta? Ya lo dijo Chauffard: *Una larga serie de frivolidades*. Repetiremos sus palabras, ya citadas, porque conviene recordarlas: "Los protoplasmas originales tan cómodamente admitidos, como punto de partida del mundo orgánico, continúan siendo, pues, una visión anticientífica, y por tanto, todo lo que se ha deducido inmediatamente es menos serio todavía, y me parece *como una larga serie de frivolidades*, porque

no son más que hipótesis, para las cuales busco en vano algún fundamento experimental ó teórico.“

En vista de esto, hasta no me atrevo á continuar refutando el sistema de Haeckel; pues, si apoyado en una visión anticientífica, no es más que una larga serie de frivolidades, creo que sería *frivolidad* combatirlo, y las frivolidades no agradan á las personas serias, como las que me honran escuchándome.

Nada diré, pues, de los conceptos de reproducción y herencia, según Haeckel: nada de la adaptación y de la selección natural: nada del proceso biogénico, que se realiza mediante un movimiento rítmico ú ondulatorio: nada en fin de toda su teoría evolucionista. Porque todas estas palabras carecen de sentido, y lo que su autor intentó expresar por ellas es absurdo, desde que se ha demostrado que el primer paso de la materia bruta hacia la vida es imposible: pues siendo imposible el primero, con mayor razón habrán de serlo los demás.

Y dejando que estos errores, removido su cimiento, se desvanezcan por sí mismos, entro yo en la demostración directa de mi tesis, de la

cual espero que resultarán aún victoriosamente refutadas algunas otras falsas afirmaciones de Haeckel respecto á las funciones de la vida psíquica.

III

Hasta aquí caminábamos entre escollos, tratando de disipar con la antorcha de la verdad las tinieblas del error. Pero libres ya de aquellos escollos, habiendo desaparecido aquellas tinieblas, podemos navegar sin miedo á velas desplegadas por el anchuroso y tranquilo mar de la Psicología espiritualista, gozando de todos los encantos, que presenta el amanecer de un día sereno y apacible después de una noche de borrasca. Parece que el ánimo se solaza y la inteligencia se explaya, entrando en su elemento de vida. Antes nos asfixiábamos, porque la inteligencia no puede vivir en una atmósfera cargada de errores; sólo vive aspirando el aire puro de la verdad.

Por eso invitamos á los positivistas á que nos acompañen en la corta, pero agradable excursión, que vamos á emprender por los dominios del alma, en la completa seguridad de que no habrán de arrepentirse. Desde luego nos atrevemos á augurar que también ellos se encontrarán mejor, porque á todos agrada la verdad. Por otra parte, los caminos por donde pensamos llevarlos, no les son del todo desconocidos ni antipáticos, porque son los caminos de los hechos; y el santuario, á que quisiéramos conducirlos, para obligarlos á venerar allí el alma, no es para ellos extraño y horripilante, como se figuran; es el santuario de su propia conciencia, en que ciertamente entraron muchas veces, aunque sin duda con los ojos vendados. Que vengan, pues, sin miedo, pero depuesta la venda, y verán el alma humana distinta de la materia.

Al combatir á Haeckel hemos probado, que la generación espontánea es una quimera, que la materia no puede por sí sola producir la vida, y que en todo viviente hay un principio de vida distinto de la materia. Con esto sólo, para quien no se atreva á negar que el hombre vive, creo que está suficientemente demostrada la primera

parte de mi tesis: *existe en el hombre un principio de vida distinto de la materia de su cuerpo*. Vamos á entrar, sin embargo, en otro orden de consideraciones más directas, encaminadas al mismo fin, procurando no abandonar el campo de los hechos, para que puedan seguirnos sin repugnancia nuestros adversarios.

El primer *hecho*, con que tropezamos, y del que con razón pedimos á los positivistas explicación satisfactoria, es la existencia de la palabra *alma* y de la idea, que esa palabra representa. Si el alma no existiese, jamás los hombres serían capaces de inventar esa palabra, ni de concebir la idea, que en el entendimiento le corresponde. Rodeados de materia, si nosotros mismos no fuésemos más que materia, nada podría sugerirnos la idea de una realidad distinta de la materia, si esa realidad no existiese; como no podemos tampoco concebir otra tercera realidad, que no sea espíritu, ni materia, simple ni compuesta. Pero la palabra *alma* existe en todos los idiomas, y se pronuncia en todos los pueblos, y brota espontáneamente de los labios á cada momento en todas las conversaciones, de suerte que no es posible suprimirla, sin suprimir

el lenguaje mismo. Luego el alma humana existe; y existe en el significado que esa palabra tuvo siempre, conforme la entendieron y la entienden todos los hombres, en todos los pueblos y en todos los tiempos, como una realidad distinta de la materia.

Se me dirá que siempre hubo materialistas, que negaron la existencia del alma. Es cierto; pero sus negaciones son la mejor prueba de que el alma existe. Pues á pesar de sus esfuerzos, no consiguieron arrancar esa hermosa palabra de nuestro lenguaje, ni esa idea del entendimiento de los hombres. Pocos son por otra parte los materialistas en comparación de todo el género humano, y aun esos pocos admitirían fácilmente la existencia del alma, si se suprimiesen las penas, que en la otra vida temen recibir por sus culpas. Hasta me atrevo á decir que no hay uno solo que por convicción verdadera y desinteresadamente niegue que el alma exista.

Decidme, si no, vosotros los que negais la existencia del alma, ¿por qué con tanta frecuencia empleais esa palabra en vuestro lenguaje familiar? *Sólo por usar el lenguaje que todos hemos aprendido*, me respondereis, *ó por el*

temor de cortar de un solo golpe todas las fuentes poéticas del pasado.

Pero no es esa la verdadera causa. Es que en el lenguaje familiar os expresais espontáneamente y decís lo que vuestra razón os dicta, como razón humana, libre de las preocupaciones de sistema, y entonces la verdad se impone á vuestras negaciones sistemáticas. Es que, como dice muy bien M. Bougaud, “mucho talento se necesita para persuadirse de que no tenemos alma. El mundo entero es incapaz de tal esfuerzo; y como aquel enfermo á quien trataban de persuadir que nadie se muere, sino cuando quiere, y que respondía: “Temo sufrir una distracción,” á la menor distracción se encuentra uno otra vez creyendo en el alma” (1). Eso os pasa á vosotros. Haced esfuerzos para persuadirnos de que no teneis alma; os sosteneis por un momento negándola, pero á la menor distracción os encontrais creyendo en ella, y sin daros cuenta, la nombráis en vuestras conversaciones.

Pero quiero conceder que nunca hayais teni-

(1) M. Bougaud.—*El Cristianismo y los tiempos presentes*; obra hermosísima, que está traduciendo el erudito y castizo escritor D. Emilio Villelga, Profesor en este Seminario.

do la *debilidad* de nombrar el alma. Decidme, ¿tampoco habeis dicho nunca: *vivo, veo, reflexiono?* Pues me basta, habeis confesado la existencia del alma. Si nouviéseis un alma esencialmente simple, no podríais hablar así.

Cuando decís: *vivo*, afirmáis que en vosotros existe un principio de vida distinto de la materia, sin el cual os sería imposible vivir. Pero ese principio, según de vuestra misma expresión se deduce, es único y esencialmente simple. Pues si fuese múltiple, en el testimonio de vuestra conciencia percibiríais su multiplicidad, y no podríais decir *vivo*, sino *vivimos*. Mejor dicho, siendo varios los principios vitales, no podrían ser percibidos todos en una sola conciencia; cada uno tendría la suya, y resultarían en cada hombre tantas conciencias, cuantos fuesen sus principios de vida. Pero es evidente que en nosotros hay una sola conciencia, que con toda claridad nos testifica la unidad de nuestra vida, cuando con plena seguridad decimos en singular, *vivo*. Luego es uno el principio de nuestra vida.

Y por esa misma razón tiene que ser esencialmente simple. Pues si fuese compuesta, al menos lo sería de dos partes: y en este caso, ó

las dos serían principios de vida, contra lo que acabamos de probar, ó una sola sería primer principio de vida y la otra no. Pero entonces sola la primera sería alma, siendo inútil la segunda, pues entendemos por alma el primer principio de vida. Supongamos que, como dice Haecckel, cada una de las células, y aun cada una de las plastídulas, que componen el organismo, tiene su vida independiente y su *alma* particular, ¿cuál de esas células ó plastídulas será la encargada de formar conciencia de la vida de todas? y si todas viven ¿por qué no tienen todas separadamente conciencia de su vida? ¿De dónde procede que una sola tiene conciencia de la vida de todo el organismo, atribuyéndosela á sí sola como á su principio y causa, mientras las otras carecen de la conciencia de su propia vida? ¿Por qué una sola es la que dice: *vivo*, usurpando, por decirlo así, la vida de las demás? Es evidente que, si nuestra vida no fuese otra cosa que el agregado de células vivas é independientes, que entran á formar nuestro organismo del mismo modo que los ciudadanos constituyen el Estado, no tendríamos conciencia de la unidad de nuestra vida, cada célula y cada átomo tendría su

conciencia, como la tiene cada uno de los ciudadanos, que forman el Estado, sin que en éste haya un individuo superior que sienta como propia la vida de los otros.

Luego es indudable que cuando decís: *vivo*, afirmáis la existencia de vuestra alma como principio de vida simple, y distinto, por consiguiente, de la materia de vuestro cuerpo, que es esencialmente compuesto.

La misma consecuencia vamos á deducir de esa otra palabra, *veo*, que pronunciais á cada paso. Veo ese edificio, decís, aquel árbol, aquella flor, este cuadro. Pues habeis afirmado que teneis una alma simple, distinta de vuestro cuerpo. Cuando decís veo ese árbol, por ejemplo, es indudable que teneis de algún modo en vosotros la representación del mismo, pues lo habeis percibido, siquiera sea sensiblemente nada más, y esa simple percepción sensible no os permite dudar de que lo estais viendo, ni de que es árbol y no otra cosa lo que veis. No preguntaré ahora de qué modo esa percepción se realiza, y sólo sostengo que el hecho de su realización supone la existencia de una alma simple.

Si en vosotros no hubiese más que ese cuer-

po material y extenso, nunca podríais decir con verdad, veo ese árbol, porque os sería imposible verlo. Un objeto extenso no puede ser percibido por un sujeto extenso también. En este caso, si fuese posible alguna percepción, ésta se verificaría por partes. A lo más cada parte del sujeto, que se supone percipiente, percibiría una parte del objeto extenso, pero ninguna todo él. En el ejemplo propuesto el árbol se representaría en nuestra retina, á la manera que se representa en su sombra: y aunque cada parte de la retina pudiese percibir aquella parte del árbol, que la afecta, una hoja ó una rama, v. gr., como ni la hoja ni la rama son el árbol, ninguna parte de la retina tendría percepción de todo el árbol.

Pero aun esto sería imposible. Pues esa parte de la retina, que suponíamos percibiendo una hoja, es á su vez extensa, como lo es la hoja, y por lo tanto vuelve con igual fuerza el mismo argumento. Cada átomo de la retina percibirá á lo más un átomo de la hoja del árbol: pero el átomo no es la hoja; luego ningún átomo de la retina percibirá la hoja, y mucho menos el árbol.

Y aun podríamos seguir preguntando. Esos átomos, ¿son simples é inextensos, ó extensos y

compuestos? Si son extensos, no hemos terminado, vuelve el anterior argumento. Si son simples é inextensos, podríamos preguntar de dónde viene á los cuerpos su extensión; mas por no entrar en cuestión de distinta naturaleza, supongamos que lo sean. Luego venimos á parar en que todo lo que percibe algo es simple, teniendo que admitir tantos sujetos simples y percipientes y tantas percepciones parciales, cuantos son los átomos, contra el testimonio de nuestra conciencia, que no nos da cuenta de tales percepciones. Además ¿qué se consigue con esto? Que ya tenemos innumerable multitud de átomos de la retina, en nuestro caso, percibiendo cada uno á un átomo simple del árbol; pero nada hay en la retina, que pueda percibir el árbol entero.

Aparece esto mismo más claro con el ejemplo de un triángulo. Ninguna parte del sujeto extenso podría percibir todo el triángulo, compuesto de líneas, ni aun toda una línea, compuesta de puntos, sino á lo más un solo punto. Pero claro es, que el punto no es el triángulo. Luego ningún sujeto extenso podrá decir jamás *veo* aquel árbol, *veo* aquel triángulo.

Y no se diga que siendo simples los átomos, puede cada uno percibir todo el sujeto extenso. Pues aun concediendo simplicidad á los átomos, tendríamos en este caso innumerable multitud de sujetos con otras tantas percepciones totales. Lo cual es contrario á la conciencia, que nos dice que en nosotros hay un solo sujeto percipiente, como se desprende de la expresión singular, *veo*. Ni se salva este inconveniente diciendo que, después de percibir cada átomo la parte que le corresponde, comunica su percepción á los demás, de los cuales recibe á su vez sus percepciones. Habría también tantas percepciones como átomos.

Lo que hemos dicho de la vista, claro es que tiene aplicación á los demás sentidos. Toda sensación supone un sujeto simple. Pero nosotros no sólo sentimos, sino que experimentamos diversas sensaciones á un tiempo, distinguiéndolas perfectamente unas de otras y estableciendo comparaciones entre ellas; para lo cual se necesita evidentemente un sujeto simple. Pues si fuese compuesto y cada sensación residiese en parte distinta, sería imposible compararlas, porque ninguna parte tendría conocimiento de las sensaciones de las otras, y sabido es que no puede

establecer comparación, quien no conozca los términos que han de compararse.

Supongamos que, como dice Haeckel, las sensaciones sean debidas á la diferente disposición y desarrollo de las células de cada órgano, que en virtud de la *división del trabajo* se encargan de sus funciones respectivas, y así *las del oído aprenden á distinguir las ondas sonoras, las de la vista las ondas lumínicas, etc.*, ¿cómo sería posible en este caso distinguir y comparar las diversas sensaciones? El ojo no sabe lo que pasa en el oído, ni el oído lo que pasa en el ojo; luego es necesario que esas sensaciones sean recibidas en un mismo sujeto simple que las distinga y compare.

La moderna escuela positivista trata de explicar la sensación por una simple transformación del movimiento mecánico. Después de haber afirmado H. Spencer que todos los fenómenos materiales son transformaciones de una misma fuerza, incluye en esa misma fuerza la sensación, diciendo: "Lo mismo debemos afirmar de la sensación. No hay duda posible, porque entre las fuerzas físicas y las sensaciones, lo mismo que entre las fuerzas puramente físicas, la rela-

ción no sólo es de cualidad, sino también de cantidad.“

De lo que llevamos dicho se deduce la contestación que debe darse á esta falsa afirmación del evolucionismo. La sensación no consiste únicamente en la impresión recibida y en la consiguiente afección del sujeto, sino en la percepción del objeto, la cual no puede explicarse por simple movimiento. Es por otra parte la sensación una acción por su esencia inmanente, mientras que el movimiento, como toda acción física y química, es esencialmente transeúnte. Nunca puede, por lo tanto, el movimiento transformarse en sensación. De que ciertos movimientos precedan á la sensación y otros la sigan, no puede deducirse en buena Lógica, que la sensación sea el mismo movimiento. Por último, diremos con el Sr. Eleizalde: “la suposición de que existe una relación de *cantidad* entre las fuerzas físicas y las sensaciones; carece completamente de fundamento. Se sabe, que tal trabajo mecánico equivale á tantas calorías; pero jamás se ha podido descubrir el equivalente mecánico de una sensación y mucho menos el de un concepto ó un afecto. Hay más: la experiencia de-

muestra que los hechos se hallan en muchos casos en abierta oposición con la hipótesis evolucionista; pues dos expresiones de casi igual sonido, pero indiferente una é injuriosa la otra, dirigidas á una misma persona, producirían en ella muy diferentes efectos psicológicos, á pesar de ser la impresión material casi idéntica“ (1).

Otra consideración sobre un hecho de conciencia bien conocido de todos nos hará ver nuevamente que en nosotros existe un alma distinta de la materia. Es el hecho de la reflexión, que podemos repetir siempre que nos convenga, sin salir de nosotros mismos, antes por el contrario, aislándonos por un momento de cuanto nos rodea, para dirigir nuestras miradas al interior de nuestro ser, para contemplarnos á nosotros mismos, para entrar con la consideración en el santuario de nuestra propia conciencia. Yo invito á los positivistas á observar este hecho, que no por ser interno, es menos digno de nuestra observación. Ya que tan partidarios sois de los

(1) Eleizalde.—Curso de Filosofía. Psicología, pág. 88. Merece estudiarse esta excelente obra, destinada á producir magníficos resultados en la juventud, no sólo por la sana doctrina que contiene, sino por las refutaciones que hace de las teorías positivistas, siempre que la ocasión se le presenta.

experimentos, repetid éste, para cuyo ensayo no os hacen falta reactivos, ni más laboratorio que el interior de vuestro ser; y os aseguro que siempre os dará por resultado el conocimiento de vuestra alma, como distinta del cuerpo.

En lo extenso no puede verificarse completo el fenómeno de la reflexión. Jamás lo que tiene partes puede volver todo sobre sí mismo, ni una de sus partes sobre sí misma, sino una sobre otra. Doblád un papel, haciéndole volver sobre sí mismo; vereis cómo una mitad se sobrepone á la otra, y nunca el todo vuelve sobre sí mismo. Debiendo advertir con el P. Liberatore (1) que el papel, al ser así doblado, pierde su primera figura, adquiriendo otra nueva, de suerte que, aunque tuviese conocimiento, al verificar la reflexión ya no conocería su primer estado, que había perdido; y si por nueva reflexión tratase de conocer el segundo estado, también le sería imposible, porque lo perdería, adquiriendo otro tercero y así sucesivamente. Es decir, cada nueva reflexión del papel sería otra doblez, y otra

(1) Liberatore.—Institutiones Philosophicae.

distinta figura. Así sucede con todo lo extenso: no puede reflexionar.

Pero nuestro ser reflexiona en el sentido propio de esta palabra, porque vuelve todo sobre sí mismo, conociéndose todo entero con todos sus actos y modificaciones. Y al verificarse esta reflexión no varía nuestro ser, adquiriendo nuevo estado, ni desaparecen las modificaciones y afecciones que tenía, sino que ellas mismas juntamente con nuestro ser son el objeto de nuestro conocimiento. De suerte que cuando reflexiono, entro en mi interior y me conozco á mí mismo, soy á un tiempo sujeto que conoce y objeto conocido: el todo, pues, vuelve aquí sobre el todo, porque se conoce entero. Luego en mí hay algo que no es materia; hay un alma simple distinta del cuerpo.

Antes de pasar adelante, permítaseme preguntar á los positivistas: ¿Os dignásteis entrar en vuestro interior con ánimo de explorarlo? ¿y qué habeis encontrado en él? Si me respondeis que nada, que le encontrásteis vacío, ó que no vísteis más que materia, no os ofendais, pero tengo que dudar ó de la sinceridad de vuestras palabras, ó de la imparcialidad de vuestras explo-

raciones. Es imposible penetrar por la reflexión en nuestro interior, y no ver en él algo que no es materia: algo esencialmente activo, puesto que piensa, raciocina y quiere; algo sutil, porque se mueve con agilidad pasmosa; algo inextenso, porque no tiene figura alguna determinada: algo, por consiguiente, distinto del cuerpo, que es inerte, pesado y extenso, como toda materia. No se puede entrar en el santuario de la propia conciencia, sin encontrar allí el alma, que se destaca en toda su hermosura en medio de cuanto la rodea; ni es necesario buscarla; á la entrada ella misma se presenta á nuestra contemplación y después de haberla visto por intuición inmediata, ya no es posible dudar de su existencia; más fácil sería dudar, si existen los objetos materiales, que vieron nuestros ojos. Para encontrar el alma en el interior de la conciencia, no se necesita discurso; se ve directamente, se contempla en sí misma, se siente; si no fuese por miedo al materialismo de la frase, diría que se *palpa*.

IV

No podemos dudarle: por la reflexión hemos visto á nuestra alma. Y habiéndola visto por nosotros mismos, ¿qué necesidad tenemos de preguntar á nadie lo que es? La misma nos lo dirá. Conversemos con ella durante algunos momentos, que no tardará en darse á conocer. A la primera mirada nos sorprendió su hermosura, y no podrá menos de sernos agradable su conversación. No la dejemos, pues, sola tan pronto; no abandonemos por ahora el santuario de nuestra conciencia, en que acabamos de penetrar preguntando por ella, dudando aún si existía. Se dignó recibirnos afable en ese palacio, en que mora, disipando con su presencia nuestras dudas: sería, pues, descortesía retirarnos, sin haberla casi saludado, cuando ella manifiesta vivos deseos de que la acompañemos por algún tiempo, precisamente para instruirnos acerca de asuntos, cuyo conocimiento nos interesa muchísimo.

Sus primeras palabras confirmarán lo que llevamos dicho: su simplicidad y distinción de la materia. *Yo*, dirá, me siento idéntica en medio de la continua sucesión de fenómenos, que en mí observo; porque esas accidentales modificaciones, esos distintos pensamientos y afectos en nada alteran la sustancia de mi ser. *Yo* veo que todo se muda en torno mío, sin exceptuar el cuerpo, á que estoy unida, cuyos elementos se renuevan sin cesar; y en medio de esas mutaciones, *yo* me conozco la misma, y por eso en todos los momentos digo: *yo*, con seguridad completa de que mi *yo* de hoy es mi *yo* de ayer y el mismo de hace veinte años. Puedo, pues, afirmar, sin temor á ser desmentida, que soy sustancia simple y distinta por ende de la materia, en que vivo.

Pero si alguien lo dudase, fácil me sería probarlo con sólo exponer alguna idea de las muchas, que en mi mente tengo; pues, siendo todas simples, como ideas (1), no pueden dividirse

(1) Todas las ideas son simples como ideas, aun las de objetos materiales y compuestos, y ó se tienen enteras por modo indivisible, ó no se tienen. La mitad ó la tercera parte de las ideas de caballo, roble, ó mármol no se conciben. Así

en partes, para existir en una sustancia compuesta.

Y todos quedarían convencidos después de oírme pronunciar la palabra: *quiero*. Pues bien; sabido es de todos, que ninguna cosa compuesta podrá querer jamás; porque si no se puede querer lo que primero no se conoce, es por lo mismo imposible que quiera un elemento lo que conoce el otro, aunque conocer pudiese.

Pero no es eso lo que quisiéramos saber ahora, le diríamos. Estamos ya bien convencidos de tu simplicidad. Nos consta que no eres materia. Pero te vemos á ella tan íntimamente unida, que nos ocurre dudar, si de ella dependerás acaso en tu misma naturaleza, de suerte que todo tu destino sea tan sólo informarla. Quisiéramos saber, por tanto, si eres verdadero *espíritu*, que puedas subsistir por tí misma, separada de ese cuerpo, con el cual actualmente constituyes una esencia, ó sólo en él puedes vivir, cesando tu existencia, cuando él se descomponga. Dígnate, pues, decirnos, si además de ser simple, es también *espiritual* tu verdadera naturaleza.

no sólo las ideas de cosas simples como la virtud ó la justicia, sino también las de cosas compuestas prueban la simplicidad del alma, que las tiene.

De mi naturaleza, nos dirá, responden mis operaciones. Observa bien las de mi entendimiento y las de mi voluntad, y por ellas verás con toda evidencia, que soy independiente de la materia, por más que estoy á ella unida con los vínculos mas estrechos. Es cierto que soy forma sustancial del cuerpo; es verdad que entre él y yo constituimos la persona y esencia humanas; pero tengo operaciones, que realizo yo sola, y para las cuales no pido cooperación al cuerpo, porque tampoco puede prestármela; antes, por el contrario, tengo muchas veces que aislarme del mismo, porque me estorba, y tomar precauciones contra él, y hasta luchar para oponerme á sus tendencias, costándome no poco trabajo dominarlo. Estudia mi modo de obrar y te convencerás de mi *espiritualidad*, como te has convencido de mi simplicidad.

Nos dió la clave segura para resolver la duda: nos puso en el verdadero camino, por el cual con paso firme llegaremos al término apetecido. Es evidente; las operaciones prueban por concluyente manera la naturaleza del ser, que las ejecuta, porque son su fiel reflejo, según el conocido principio: *Operari sequitur esse*; ó,

como dice Santo Tomás: *Unumquodque similiter habet esse et operationem*. De donde deduce el mismo Santo Doctor: *Nihil potest per se operari, nisi quod per se subsistit*. Luego aquella sustancia simple, que, á pesar de estar unida al cuerpo, obra por sí misma, con independencia intrínseca de la materia, al menos en algunas de sus acciones, es también independiente de la materia en su misma naturaleza; puede subsistir y subsiste de hecho por sí, separada del cuerpo; es una sustancia espiritual.

Dice Virgilio que la diosa Venus se dió á conocer á Eneas por su modo de andar majestuoso. *Et vera incessu patuit dea* (1). Así vamos también á conocer al alma humana. Por la majestad de su paso, por la elevación de su vuelo, por la capacidad y amplitud de su inteligencia, por la sublimidad de sus aspiraciones hacia el Infinito, por la grandiosidad, en fin, de todas sus acciones, se nos manifestará clara su naturaleza espiritual.

Empecemos por la inteligencia. Es el distintivo del hombre, por más que los modernos na-

(1) Virgilio.—Eneida, Lib. I.

turalistas, confundiéndola lastimosamente con el instinto, la prodigan también á los animales superiores, borrando así esta esencial diferencia, que entre ellos y nosotros media. Mejor dicho, la diferencia no la borran, subsistirá siempre, por lo mismo que es esencial. Lo único que hacen es borrarla de los libros de Historia Natural, pero no por eso conseguirán que desaparezca, mientras no den á los brutos verdadera inteligencia real, como se la dan de nombre.

¿Qué hace la inteligencia en nosotros? ¿Obra con intrínseca independencia del cuerpo? ¿Es facultad esencialmente inorgánica? Para contestar á estas preguntas no necesitamos salir fuera de nosotros. Debemos más bien replegarnos en nuestro interior por medio de la reflexión. Acabamos de realizar un acto de esta naturaleza, para probar la simplicidad del alma, y podemos ahora y siempre repetirlo. ¿No observais que al reflexionar vuestra inteligencia obra sola sin el concurso del cuerpo? ¿Y cómo había de usar de él, si es extenso, y hemos probado que lo extenso de ningún modo puede reflexionar? Pero ¿no sentís que en el acto de la reflexión os apartais de todo lo que os rodea, y hasta por una abs-

tracción, necesaria por aquel instante, os veis obligados á prescindir de vuestro propio cuerpo, quedando el alma sola conociéndose á sí misma? ¿Es posible que ese acto sea producido por alguna impresión orgánica? Si el alma, simple, como hemos probado, es á la vez en la reflexión sujeto y objeto del conocimiento ¿quién ha de hacer, y en quién la impresión material, para la que se necesitan indudablemente sujeto y objeto extensos? Luego la reflexión no sólo prueba la simplicidad de nuestra alma, sino también su espiritualidad; pues está fuera de toda duda, que en ella la inteligencia obra sola, por sí misma, con independencia del cuerpo, cuya cooperación rechaza.

Pero observemos el modo de obrar de la inteligencia en algunos otros actos. Conoce cosas, que, por su naturaleza, de ningún modo pueden hacer impresión en los órganos materiales. Luego la inteligencia, al conocerlas, obra con independencia del cuerpo, es facultad inorgánica. Y no me refiero solamente al conocimiento que tiene, de las naturalezas simples y espirituales, como Dios, los ángeles y nuestra misma alma, que conoce también sin duda, como se despren-

de de lo que llevamos dicho: hay otras muchas cosas, en cuyo conocimiento obra el alma con independencia del cuerpo, porque ninguna impresión sensible pueden hacer en él. Tales son la posibilidad y la imposibilidad, la necesidad y la contingencia, la unidad, la verdad, la belleza, la relación, la causa, el tiempo, la eternidad, el orden, la bondad, la virtud, el vicio, la ley, el deber, la justicia y otras muchas cosas, que el entendimiento conoce, y que siendo completamente inmateriales, no pueden ser percibidas por facultad orgánica.

Haría una injuria á los que me escuchan, si tratase de probar, que las nociones indicadas son adquiridas por la inteligencia sola sin el concurso del cuerpo, porque ninguna impresión pueden ejercer sobre él. Pero ¿tendré necesidad de probar que la humana inteligencia es capaz de adquirirlas? Sólo tratar de probarlo es hacer gravísima ofensa á la inteligencia misma y á la humanidad con ella: y sin embargo, en este triste caso nos vemos, al combatir á los positivistas, para quienes es quimérico todo el orden metafísico.

Pero nada nos sería más fácil, que demostrar

á esos señores la existencia de tales conceptos en la inteligencia humana, incluso en la de ellos mismos, que, con poca consecuencia, admiten en la práctica, lo que en teoría niegan. Yo me pondría ante uno de ellos, trabajando con afán en un encerado, trazando circunferencias y fingiendo hallarme preocupado en la resolución de un problema difícilísimo: y si me preguntaba cuál era el problema, que yo trataba de resolver: *la cuadratura del círculo*, le diría. *Imposible*, exclamaría él, sorprendido de mi ignorancia. Me bastaría; había confesado tener concepto claro de la *posibilidad* y de la *imposibilidad*, de la *esencia*, (pues conocía la de círculo y la de cuadrado), y de la *necesidad é inmutabilidad* de la misma, puesto que veía la repugnancia de que una se convirtiese en otra. Con igual facilidad le haría confesar, que en su inteligencia existían todas las nociones más trascendentales de la Metafísica, que lejos de ser quiméricas, son el fundamento de las demás ciencias y base segura de todos los conocimientos.

Pero, ¿os empeñais obstinadamente en no admitir más conocimientos que los del orden

sensible, porque os cuesta trabajo confesar vuestro error y renunciar á vuestro sistema? Pues bien, no hagais traición á vuestra escuela; pero dignaos examinar con nosotros, de qué modo la inteligencia conoce las cosas sensibles y singulares; que tal vez ese modo de conocerlas nos baste, para demostrar, que, ni aun en ese orden de conocimientos depende de la materia.

Los sentidos, como facultades orgánicas, sólo perciben los objetos materiales, según existen en singular, con todas sus cualidades y condiciones propias, como la extensión, color, etc., de las cuales no pueden prescindir, porque son precisamente las que afectan los órganos sensorios y constituyen su objeto propio. Pero, verificada la percepción sensible, apodérase de ella la inteligencia, y prescindiendo por abstracción de las condiciones y notas individuales, que impresionan los sentidos, penetra, por decirlo así, en el interior del ser, *quasi intus legit*, para percibir allí lo que los sentidos no pudieron percibir, lo que no es propiamente sensible ni singular, la esencia de la cosa.

No me detendré á exponer cómo tal abstracción se verifica. Me concreto al hecho, que no

puede ponerse en duda, cualquiera que sea el sistema, que se adopte, para explicar el origen de las ideas, y de él deduzco, que nuestra inteligencia es facultad, que obra con intrínseca independencia del cuerpo, aun en el conocimiento de las cosas sensibles y singulares, que extrínsecamente recibe de los sentidos. Veo un árbol, y mi entendimiento prescinde del lugar y tiempo, en que lo veo, de su magnitud, de su color, de la particular disposición de sus ramas y demás circunstancias particulares, y conoce lo que es un árbol. Veo un hombre, y mi entendimiento, haciendo abstracción de sus cualidades peculiares, forma la idea de la esencia de hombre, que no consiste en ser de mayor ó menor estatura, de éste ó de aquel color, sino en ser animal racional. Veo una esfera, y mi entendimiento, prescindiendo de la materia, de que está formada, de su color, tamaño y demás condiciones, que la individualizan, se queda con la idea de la esencia de esfera, común á todas, por más que no tengan iguales condiciones particulares.

Así nuestra inteligencia en el conocimiento de las mismas cosas materiales es independiente de la materia, porque en ellas conoce la esencia,

que siendo verdaderamente universal, por ser común á todos los individuos de la misma especie, ninguna impresión puede hacer en los órganos corpóreos.

Además, del conocimiento de las cosas existentes, elévase nuestro entendimiento á conocer las que son meramente posibles. Y ¿qué impresión pueden hacer en los sentidos las cosas que ni existen, ni existieron, ni acaso saldrán jamás del estado de posibilidad? Tampoco pueden adquirirse por facultad orgánica las nociones de causa y efecto, de relación y orden, de bondad y belleza, que nuestra inteligencia tiene acerca de las mismas cosas materiales.

Pero hay otras muchas operaciones de nuestra inteligencia, que no pueden ser negadas por los mismos positivistas, y que demuestran con mayor evidencia, si cabe, su independencia de la materia. Nadie podrá negar que el hombre *juzga, raciocina, inventa y perfecciona* sus inventos. Pues bien, para estas operaciones es impotente la materia, y sólo puede ejecutarlas un ser superior á ella, que, lejos de necesitar su concurso, la domine por completo.

Juzgar es ver á un mismo tiempo dos térmi-

nos, para afirmar la conveniencia ó discrepancia entre ellos. Y ¿quién no vé, que en esta operación la inteligencia tiene que proceder sola, sin el concurso del cuerpo, que en nada puede ayudarla para conocer la esencia de los términos comparados y la relación, que entre ellos existe?

Raciocinar es deducir una verdad de otra, ó un juicio de otros juicios, es llegar al conocimiento de una verdad ignorada, que estaba contenida en otra conocida, es emplear los principios evidentes á manera de antorcha, para que iluminen con su clara luz lo que aparecía oscuro. Si sólo puede juzgar la inteligencia independiente del cuerpo, con mucha mayor razón la inteligencia sola con igual independencia podrá raciocinar, siendo, como es, el raciocinio comparación de juicios. Vergüenza me daría, señores, tener que probar que esa larga serie de raciocinios, de que se componen las ciencias, y por los cuales se llega á la clara demostración de las conclusiones deducidas de principios, sólo puede ser fruto de una inteligencia independiente de la materia.

Ni siquiera será necesario decir, que el hombre es capaz de inventar y perfeccionar sus in-

ventos, hallándonos en un siglo, que con orgullo hasta cierto punto legítimo, hace ostentación de prodigiosos adelantos. Pero pregunto: esa maravillosa facultad de inventar y perfeccionar ¿tampoco será fruto de una inteligencia superior á la materia? ¿No será independiente de la materia esa inteligencia, que se apodera de ella, y la domina por modo admirable, obligándola á que le sirva á su arbitrio en las diferentes necesidades de la vida? Si no hay diferencia esencial entre nuestra inteligencia y lo que llamais inteligencia de los brutos ¿cómo no haceis que estos vayan entrando también por las vías de la civilización y del progreso? ¿Por qué no los instruís, hasta conseguir que también aparezcan entre ellos algunos inventores?

Pero no citeis, como prueba de inteligencia, lo que no demuestra más que instinto. Ni vengaís ponderando la prodigiosa habilidad de algunos para hacer sus nidos ó construir sus viviendas. Lo que debéis decirnos es quiénes fueron los primeros inventores de ese modo de obrar y quiénes lo fueron perfeccionando. Lo que os resta probar ante todo, es que haya existido hasta ahora un solo animal, que haya inventado algo,

ó introducido alguna perfección en su modo de obrar. ¿No veis que los animales, que citais como ejemplos de maravilloso instinto, lo tenían igualmente desarrollado hace seis mil años, y que del mismo modo obran los hijos que sus padres, sin que se note jamás señal alguna de adelanto?

Dice Haeckel, que ya no puede sostenerse hoy, que sean fijos los instintos de los animales. Pero ¿con que razón prueba su aserto? Con la siguiente: "Porque los instintos se hallan sujetos á las variantes y transformaciones de la omnipotente selección natural." El naturalista de Jena sacrifica siempre la verdad en aras de su sistema preconcebido. Los hechos son contrarios á la evolución y progresivo desarrollo de los instintos en los animales. Jamás adelantan un paso, ni aun en aquellas ocasiones, en que lo necesitan y les costaría poco trabajo hacerlo. Es digna de meditación la siguiente advertencia del Conde de Maistre: "El perro y el mono se acercan al fuego, y se calientan con placer como nosotros, pero no aprenderán jamás á echar un tizón sobre las ascuas."

Tampoco vereis nunca, que los animales, ni aun los que pretendéis darnos como progenito-

res, trabajen la tierra, sembrándola con esperanza de recoger después el fruto necesario para su sustento, como hace el aldeano más inculto. Y es que para esto, sería necesario que tuviesen conocimiento de lo futuro, así como de causa y efecto; lo cual es imposible sin una inteligencia independiente de la materia como la del hombre.

Y no se diga que las hormigas y las abejas hacen durante el verano provisiones para el invierno. Porque es evidente, que las hacen impulsadas por natural instinto, sin conocimiento del tiempo futuro, ni de la necesidad, á que se verán sujetas: como lo demuestra la manera constante y uniforme de preparar esas mismas provisiones, sin que hayan adelantado nada desde que se las viene observando; manifiesta prueba de que no obran dirigidas por una inteligencia. De otra suerte, siendo el conocimiento de lo futuro una de las mayores pruebas de inteligencia, ó acaso la mayor, tendríamos que decir, que las abejas y las hormigas se nos acercan por su inteligencia más que el mono, que no da muestras de conocer lo futuro; y en ese caso debería reformarse el sistema darwinista, dándonos como más inmediatos progenitores los referidos insectos.

Pero son tantas las diferencias, que nos separan del bruto, dejando entre él y nosotros inmenso abismo, que yo, en la imposibilidad de referirlas todas, no sé cuáles citar por último, para completar este ligero estudio sobre nuestra inteligencia. Indicaré dos solamente, que no sé si serán, como yo creo, las principales, pero que demuestran con toda evidencia, que nuestro entendimiento es independiente del cuerpo en sus operaciones, y espiritual, por consiguiente, nuestra alma. Son el don de la *palabra* y esa *ansia* insaciable, que tiene el hombre, por conocer la verdad.

¿Habeis meditado alguna vez sobre el precioso don de la palabra, que distingue y separa al hombre de todos los animales? ¿Os habeis detenido á considerar lo que es el humano lenguaje en su rica é inagotable variedad? ¿Lo habeis examinado en sí mismo y en sus prodigiosos efectos? Bastaría una sola frase, más aún, una sola palabra, para demostrar, que la humana inteligencia no está sujeta á las condiciones de la materia.

El lenguaje humano supone la facultad de abstraer y generalizar, pues á cada paso se em-

plean nombres abstractos y universales: supone el conocimiento de relación, sin el cual sería imposible, pues en la más breve frase se expresan á veces muy diversas relaciones: supone, en fin, entre otras cosas, el conocimiento del tiempo en sus momentos presente, pasado y futuro, como se observa en los verbos. Todo lo cual sería imposible sin una inteligencia, libre por completo de las condiciones de la materia.

Es verdad que también los animales tienen una especie de lenguaje. Pero ¿qué diferencia de éste al del hombre! El de los animales es siempre natural, y sólo consiste en ciertos gritos, por los cuales manifiestan espontánea y necesariamente sus actuales impresiones sensibles. El del hombre es artificial ó convencional en cada país, y por él manifiesta libremente en sonidos articulados, no sólo sus afectos, sino también sus pensamientos. Por eso el primero, como expresión del instinto, no se perfecciona, ni progresa: es invariablemente el mismo para cada especie en todos los tiempos y en todos los lugares del mundo. El segundo, como expresión de la razón y resultado del libre convenio, cambia y se perfecciona continuamente, adquiriendo en

cada país y en cada época múltiples y variadas formas. En un mismo idioma ¡qué riqueza y variedad en la expresión! ¡de cuán distintas maneras se puede manifestar un mismo pensamiento!

Me parece éste un hecho digno de ocupar la atención de los positivistas. Pueden entrar en una biblioteca y comparar todos los autores, que escribieron acerca de un mismo asunto. Verán de qué diferente modo se expresan, siendo el mismo en el fondo su pensamiento. Y después pueden decir, si quieren, que el lenguaje humano es resultado de la admirable organización de la materia, y en prueba de ello, que vayan enseñando á los animales más perfectos á producirse lo mismo que el hombre. Esperamos con ansia el resultado.

Si el lenguaje humano es admirable en sí mismo, no lo es menos ciertamente en sus efectos. Es el medio más adecuado para poner en comunicación las inteligencias, contribuyendo así poderosamente á su desarrollo y perfección. Yo expongo en la cátedra mi pensamiento, las palabras lo llevan con rapidez á la inteligencia de mis alumnos, y aunque se trate de cuestiones abstractas, consigo que me entiendan, si no to-

dos, por lo menos la mayor parte de ellos. Y á mi vez les interrogo y por sus palabras comprendo su modo de pensar y el estado de su inteligencia respecto á las materias explicadas. De este modo se establece entre nosotros como una corriente, que lleva á su inteligencia mis pensamientos y trae á la mía los suyos. Y yo pregunto: ¿es posible que esa corriente no sea más que materia? ¿No se vé aquí la inteligencia hablando á la inteligencia y el espíritu en comunicación con el espíritu?

Y no quiero hablar de los efectos del lenguaje humano, cuando se manifiesta con todo el sublime aparato y grandiosidad de la verdadera elocuencia. Algunas veces escuchaba yo á oradores notables, que sentían y sabían hacer sentir. Desde luego se notaba, que en todo el auditorio había un sólo pensamiento, el mismo del orador. Después de haber participado de sus ideas, participábamos también de sus sentimientos y afectos, y no podíamos dejar de conmovernos con él, siendo imposible en algunas ocasiones contener el llanto. ¿No se ven en esos momentos unidas las almas de los oyentes con la del orador, prescindiendo de la materia y á pe-

sar de la materia? La palabra ¿es entonces otra cosa más que simple conductor del pensamiento invisible, que á todos se comunica? Tratad de conmover de igual modo á la materia. Hablad también á las piedras, á los árboles, á los animales, aunque sean de los más perfectos, de los cuales decís que no hay más que un paso hasta nosotros. Agotad todos los recursos de vuestra elocuencia: veremos lo que conseguís.

Pero ¿cuál es el objeto propio de nuestro entendimiento? La verdad. Y siendo la verdad tan amplia en su extensión como el ente mismo, pues todo ente, como tal, es verdadero, ¿qué límites tiene el entendimiento en la investigación de la verdad? Ningunos. Toda verdad y por consiguiente toda entidad puede ser conocida por el entendimiento, y así como la verdad y la entidad no tienen límites, tampoco es posible ponerlos al humano entendimiento, porque su actividad no se detiene, hasta saberlo todo, su ansia por conocer la verdad nunca se verá satisfecha, y su ardiente sed de conocimientos siempre más amplios, jamás podrá ser saciada, hasta que llegue á la Fuente inagotable de toda verdad, á la Verdad infinita.

Contempla el entendimiento la verdad, que resplandece en las criaturas, y al principio parece que encuentra alivio y descanso, al contemplarla; pero pronto observa, que aquella verdad es finita, que no es toda verdad, y ya no le llena, ya no le satisface. Lánzase entonces, con la misma intranquilidad que antes, en busca de otras verdades, y en todas encuentra la misma insuficiencia, para llenarle. Cada verdad, que descubre, abre ante él nuevos horizontes, excitando vivos deseos de explorarlos: y después de haberlos explorado, se encuentra más sediento todavía de verdad, porque pudo entrever la existencia de una Verdad primera, fuente de toda verdad, y sin la cual ninguna verdad existiría.

Desde entonces no pidais al entendimiento, que se detenga, porque le será imposible. Jamás le vereis sosegado y tranquilo, mientras no contemple en sí misma la Verdad infinita. No se contenta con reflejos, quiere ver en su mismo foco la luz indeficiente. No le satisfacen las copias, aspira á la intuición inmediata y directa del original eterno.

Muchas consideraciones acuden á mi mente, pero las dejo, para poner en lugar de ellas estas

palabras pronunciadas por el gran Newton poco antes de morir: "No sé lo que pensará el mundo de mis trabajos; pero á mí me parece que he sido siempre un niño jugueteando en la orilla del mar, encontrando á veces una china algo más tersa que las comunes, á veces una concha un poco más brillante, *mientras que el grande Océano de la verdad se extendía inexplorado delante de mí*" (1).

Es el vacío inmenso, que experimentan todas las grandes inteligencias, después de haber pasado su vida trabajando con noble y constante afán en busca de la verdad. A la hora de su muerte ven que el grande océano de la verdad se extiende todavía inexplorado ante su vista.

Ahora deduzcamos la consecuencia, que de lo dicho legítimamente se desprende. Toda actividad dependiente de la materia, está reducida á un círculo de acción sumamente estrecho y limitado por las circunstancias y condiciones especiales de la materia ó cuerpo, de que depende, como se vé en los sentidos, cuya acción nunca

(1) Correspondencia de Newton. Citado por Augusto Nicolás.

puede salir de los objetos materiales y singulares. Luego esa amplitud ilimitada de nuestro entendimiento, y esa ansia de verdad, que nunca se vé satisfecha, hasta llegar al Infinito, prueban evidentemente su independencia de la materia, y por ende la espiritualidad del alma humana.

Si alguno creyese, que esa aspiración del alma hacia la Verdad infinita no es más que una ficción, ó un sueño, puede por sí mismo probar su realidad. Que se traslade á orillas del mar en una noche clara y serena. Que contemple desde un lugar elevado la porción del mismo, que se extiende dilatada ante su vista, escuchando sus bramidos, y considerando la innumerable multitud de vivientes, que en su seno encierra. Que eleve después sus ojos al cielo y observe su hermosura, recordando lo que enseña la Astronomía sobre la naturaleza, magnitud y distancia de esas brillantes estrellas, casi imperceptibles á su vista. Y allí á solas, en la seguridad de que nadie le oye, más que la mar y el firmamento, puesta la mano sobre el corazón, que les haga estas preguntas: ¿De dónde habeis venido? ¿Quién os dió esa hermosura, cuya contemplación me extasia? ¿Hay por ventura otra belleza superior

á la vuestra? Y si la hay, decidme en donde está, para buscarla.

No tendría que esperar por mucho tiempo la respuesta; porque la mar y el firmamento se apresurarían á contestarle, pronunciando juntos el santo nombre de *Dios*. Ese es nuestro Criador, dirían. Deja ya de mirarnos asombrado. Eleva más la vista, y por encima de nosotros, contempla la verdadera Belleza, la Belleza infinita, la real y soberana belleza de Dios, de la cual procede por participación la nuestra, que, en comparación de aquella, no es más que vana y fugitiva sombra.

Decidme: ¿os sería posible contener ya el vuelo de vuestra inteligencia hasta llegar al Infinito? Seguramente que no. Y después de haber meditado algo sobre la Belleza sin sombras, os veríais obligados á exclamar con uno de nuestros más grandes maestros ascéticos “*¡Heu quam sordet terra, dum coelum aspicio!* ¡Ay qué asco me da la tierra, cuando miro al cielo!” (1).

Y después de haberos así elevado desde la

(1) San Ignacio de Loyola.—Citado por el P. Claret en sus *Ejercicios de San Ignacio*.

contemplación de las criaturas á la contemplación de Dios, quisiera yo, que, replegando la mirada sobre vosotros mismos, os preguntáseis: ¿Y quién soy yo en la inmensidad de la creación? Un punto, menos que un átomo. Pero, ¡cosa extraña! Tan pequeño en medio de la creación, soy, sin embargo, superior á ella; porque ella no se conoce y yo la conozco, y me conozco también á mí, y me siento superior al universo entero, pues lo domino con mi inteligencia, y lo recorro todo con mi pensamiento en menos de un segundo.

“Soy, como dijo Pascal, una caña la más frágil de la naturaleza; pero una caña, que piensa.” ¿Qué poder es este tan extraordinario, que siento en mí por el cual soy capaz de recorrer en un instante todo el planeta, en que vivo, y saliendo de él, atravieso velozmente la inmensidad del espacio, contando los astros, y dejándolos atrás, llego por fin hasta el Criador de todo cuanto existe?

Me siento con toda evidencia compuesto de dos sustancias: el cuerpo limitado, que no ocupa más que un punto en la creación, y parece que se aniquila, cuando se le compara con ella:

y el espíritu, que parece crecer más, cuanto más se le compara con todas las criaturas del orden material, y aspira á salir del cuerpo, como el pájaro de la jaula, para subir volando sin detenerse nunca, hasta llegar á la intuición de la Verdad infinita, única que puede llenarle.

No preguntemos más al entendimiento, que ya bastante nos dijo, para demostrar la espiritualidad del alma, y oigamos á la voluntad.

La voluntad sigue siempre en sus operaciones al entendimiento. Lo que éste percibe como bueno constituye su objeto, y no puede amar cosa alguna, que no haya sido primero conocida. De donde se deduce, que la mayor parte de las pruebas, que para demostrar la espiritualidad del alma va á suministrarnos la voluntad, habrán de ser muy parecidas á las que acaba de suministrarnos el entendimiento. No necesitamos, pues, detenernos á desarrollarlas; las indicaremos solamente.

Obsérvase desde luego, que la voluntad se complace y recrea principalmente en las cosas del orden suprasensible, y en ellas, como la inteligencia, encuentra su satisfacción y natural descanso. Ama la verdad, la ciencia, la belleza

espiritual, la virtud, la justicia, el honor, el orden, la abnegación llevada hasta el heroísmo, lo sublime, y otras cosas semejantes, que nada tienen de sensibles. Y nótese, que estas cosas son precisamente las que perfeccionan y mejoran la voluntad, que se pervierte y degrada, cuando las abandona para seguir las del orden material. Prueba evidente de que la voluntad no es facultad orgánica, porque las cosas, que naturalmente ama y la perfeccionan, ninguna impresión pueden hacer en los órganos corpóreos.

Y no quiero hablar de la necesaria y natural tendencia, que á la voluntad impulsa constantemente en busca de felicidad, sin que la encuentre jamás hasta descansar en Dios. No estudiaré ahora esas sublimes aspiraciones del hombre, esos generosos y nobles deseos, que constituyen su grandeza y también su tormento en esta vida, porque nunca se ven satisfechos sino con el Bien infinito. La voluntad tiene la misma amplitud, la misma capacidad, que el entendimiento; y como éste conoce el bien en general é infinito, ninguno de los bienes particulares y finitos, ni aun todos juntos, podrán llenar y satisfacer los deseos y aspiraciones del hombre. Le dejan

siempre con el mismo vacío, haciendo en él menor impresión, que la producida por una gota de agua, que se deja caer en la inmensidad del Océano.

Esta amplitud de la voluntad, esta capacidad, que puede llamarse infinita, puesto que sólo el Bien infinito es suficiente para llenarla, es bien clara prueba, de que la voluntad no está circunscrita á las condiciones de la materia, y de que es, por consiguiente, espiritual el alma humana.

Lo mismo prueba, y no con menor claridad, esa constante lucha, que el hombre se ve obligado á sostener con sus pasiones, para someterlas y dominarlas: lo que no podría conseguir, si la voluntad dependiese de la materia; pues nadie puede dominar y someter aquello, de que por natural condición depende.

Esta prueba nos conduce, como por la mano, á la indicación de otra, que será la última, fundada en una cualidad inestimable del hombre, en el don preciosísimo de la libertad. Ni necesito probar la existencia de la libertad en el hombre, porque la siente cada cual en el testimonio de su propia conciencia, ni debo pararme á de-

ducir la consecuencia, porque sin dificultad la podeis deducir vosotros: mejor dicho, ella sale naturalmente por sí misma. Si la voluntad es libre, no depende de la materia; porque si de la materia dependiese, obraría necesariamente comò ella.

Y si todas las acciones del hombre fuesen debidas á la necesaria evolución de las fuerzas de la materia, bien sabido es cuál sería el funesto resultado. La negación de toda responsabilidad en el hombre, y por ende, de toda la Moral, sería la tristísima, pero lógica, consecuencia de la negación de la libertad humana. Si el hombre no es libre, inútil es dictarle leyes: ningun mérito, ni demérito tienen sus acciones: no se le puede premiar ni castigar, como no se premia ni castiga á una máquina: la misma diferencia entre el bien y el mal, la virtud y el vicio queda borrada.

Si quereis, pues, que la Moral se conserve, aunque no sea más que para la conservación de la sociedad, que sin ella no subsiste, teneis que reconocer la libertad en el hombre, y con la libertad la existencia de un *alma espiritual*.

V

Para resumir lo que llevamos dicho contra el positivismo materialista, yo llamaría á cualquiera de sus partidarios al examen de un hecho, digno por cierto de observación detenida.

Le diría que tratase de reunir cuanto notable ha producido hasta ahora la actividad del hombre en las ciencias y en las artes. Que adquiriese una fotografía de los monumentos más célebres, ya que éstos no podía trasladarlos para verlos en conjunto. Que con estas fotografías y las más bellas producciones del genio en la Poesía, en la Pintura y en la Música, formase un precioso museo, y lo colocase en el centro de la biblioteca más grande del mundo, en la que no faltase ninguna de las obras de algún valor científico publicadas hasta hoy. Y allí, en presencia de aquel admirable conjunto de los más hermosos frutos de la humana inteligencia, elevada muchas veces á las alturas del genio, le

pediría que expusiese imparcialmente sus conceptos acerca de la naturaleza de esa misma inteligencia, cuyas obras tenía ante su vista.

Y si aún tenía atrevimiento para decir, que todo es resultado de la evolución de la materia; que la inteligencia es una secreción del cerebro; que las células cerebrales son las encargadas, en virtud de la división del trabajo, de elaborar la idea, y que á su progresivo desarrollo es debido todo cuanto grande y maravilloso lleva producido el hombre, yo creo que todas aquellas magníficas producciones no podrían contenerse sin protestar contra la bajeza del origen, que falsamente se les atribuía. Se levantarían todas indignadas, para decir unánimes que de ningún modo consentirían, que se las rebajase tanto, llamándolas hijas de la materia, porque es más noble su alcurnia, y tienen medios de probar que son hijas del espíritu.

Pareceríame ver, que se movían, como si estuviesen animadas por algún espíritu, y que sus autores se habían presentado allí, dispuestos á demostrar, que sus ideales, el plan de sus obras, la fuerza de sus razones, la lógica de sus deducciones, el orden de sus escritos, en una palabra,

no podían atribuirse á las fuerzas de la materia.

Y en el centro de aquel brillante ejército de sabios y artistas aparecería la majestuosa figura de Sto. Tomás de Aquino, quien, encargado de hacer en nombre de todos la defensa de la razón ultrajada, entre otros innumerables lugares, que podría citar de sus obras, abriría el libro II de su prodigiosa *Summa contra Gentes*, y leería estas terminantes palabras: "Ninguna cosa obra, sino de un modo correspondiente á la perfección de su especie ó naturaleza, porque en cada cosa la forma (ó esencia) es el principio de obrar: luego si el entendimiento es cuerpo, su acción no podrá exceder ó ser superior al orden corpóreo: luego no podrá conocer sino los cuerpos. Esto es manifiestamente falso; puesto que experimentamos, que conocemos muchas cosas, que no son cuerpo. Luego la sustancia inteligente no es cuerpo."

Antes de poner término á mi pobre trabajo, quisiera invitar por última vez á los materialis-

tas, á que busquen el alma humana; y no conozco palabras más propias y delicadas, para hacer esta invitación, que las escritas por la tierna pluma de M. Bougaud. Proponíase el sabio Obispo de Laval un fin distinto del mío. Trataba de probar la necesidad de la religión, fundándose en la naturaleza del hombre, cuyas facultades todas buscan naturalmente á Dios; pero de su profundo estudio brotaba tan espontáneamente la consecuencia de la espiritualidad del alma, que, casi á pesar suyo, la deja salir de la pluma en las siguientes palabras: “De ahí surgen muchísimas consecuencias, sobre todo una, que no pretendo desarrollar, y que no obstante, no puedo dejarla en silencio. El alma aspira á la eternidad: luego no pertenece al tiempo. Sube hasta lo Infinito en virtud de sus tristezas, de sus dolores, de sus desencantos, de sus gozos, de sus amores: cada uno de esos movimientos se termina en lo Infinito: luego no es tierra: luego es algo más que polvo vil: luego hay en ella un soplo divino, un entendimiento que viene de lo alto, y que no aspira á volverse allí, sino porque de allí procede.

¡Decís que jamás habeis visto ese entendi-

miento, que no le habeis tocado con vuestro escarpelo! ¿Por ventura no le habeis sentido nunca? ¡No le habeis tocado con vuestro escarpelo! ¿Y en dónde le habeis buscado? ¡Cómo! ¡ahí, en el fondo de esa oscura morada, en ese cadáver casi en descomposición os imagináis encontrar el alma! ¡Ya no está allí, partió, voló! ¡Oh ciegos! ¡No teneis ya en las manos más que la jaula, la jaula vacía; y negais el pájaro, el dulce ruiseñor, que canta en la enramada! ¡Pero eso es locura! Es lo que hacen esas personas, que llegan á visitaros, cuando saben que no estais en casa.

¿Quereis encontrar el alma? No preguntéis á los muertos: preguntad á los vivos. Poned la mano sobre el corazón cuando late animado por noble amor. Mirad á Rafael en el momento, en que se prepara á pintar sobre el lienzo la escena de la Transfiguración; ó á Mozart, cuando el soplo de las armonías infinitas le lanza palpitante sobre su sonoro instrumento: vereis el alma viva; ya no vereis el cuerpo; le mirareis como un obstáculo; y en la luz de la mirada, en los labios, á través del resplandor de la frente, saludareis con emoción, con seguridad, esa realidad augusta que se llama un alma. Y comprendereis,

que todos los espacios no son bastante amplios para la inmensidad de su vuelo. Necesita lo infinito“ (1).

El primer plan de mi discurso incluía la inmortalidad del alma, que pensaba deducir de su simplicidad y espiritualidad. Por no hacer este trabajo demasiado extenso, he creído conveniente suprimir la última parte, que vosotros, sin embargo, habreis deducido ya, como legítima consecuencia de lo que llevamos dicho. Si el alma es simple, no tiene elementos en que pueda descomponerse, es por su naturaleza incorruptible: si es espiritual, no dejará de existir, cuando el cuerpo se descomponga, porque tiene subsistencia propia. Por otra parte, esas sublimes aspiraciones á gozar del Bien infinito, es necesario que sean plenamente satisfechas, encontrando su último término en Aquel, de quien traen su origen, en la eterna posesión de Dios.

(1) Bougaud.—Obra citada.

Procuremos no afeiar la hermosa imagen del Criador, que llevamos en nosotros: conservemos puro ese divino soplo de vida, que Él mismo infundió como su aliento, en este cuerpo de barro: y mientras no llega el suspirado día de volver á la pura Fuente, de donde venimos, para saciar en ella nuestra sed, formemos coro con la Fe, la Filosofia y la Ciencia, que unidas en estrecho y amoroso lazo cantan acordes en armonioso concierto las mismas palabras inspiradas, con que empecé mi discurso, y con que quiero terminarlo: *“Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem.*

HE DICHO.



UNIVERSIDADE DE COMPOSTELA

M. 32589
P. 70007



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



01541863

